

La Ilustración Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 21 DE JUNIO DE 1915

NÚM. 1.747

MADRID. - EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1915. (De fotografía de J. Vidal.)



Retratos de SS. A.A. RR. el Serenísimo Señor Príncipe de Asturias, y los Infantes D. Jaime, Doña Beatriz, Doña María Cristina y D. Juan, obra de Manuel Benedito

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La aventura de Jonás*, por José Pérez Hervás. — *La guerra europea*. — *Valencia. La Fiesta de la Flor y de la Poesía*. — *Madrid. Inauguración de dos monumentos*. — *La roca del hombre muerto* (novela ilustrada; continuación). — *La feria de Córdoba*. — *Melilla. La toma de Hasi-Berkán*.

Grabados. — *Retratos de S.S. A.A. R.R. el Serenísimo Señor Príncipe de Asturias y los Infantes D. Jaime, Doña Beatriz, Doña María Cristina y D. Juan*, obra de Manuel Benedito. — Dibujo de J. Baste, ilustración al cuento *La aventura de Jonás*. — *Retrato de la señorita Acebal*, pintado por Nestor F. de La Torre. — *Sol de tarde (marina)*, cuadro de Ricardo Verdugo Landi. — *Retrato de mi hermana Milagros*; *Retrato de mi hermano*, esculturas de José Pérez Rubin. — *El pan nuestro de cada día*, cuadro de Ventura Alvarez Sala. — *La guerra europea* (cinco fotografías). — *Inefables caricias*; *Un elegante de antaño*; *Antes de la corrida*, cuadros de Andrés Parladé, conde de Aguiar. — *Historia de Telémaco. Danza y amoríos de las ninfas*; *Fructidor*, tapices de A. Bulbena. — *Valencia. La Fiesta de la Flor y de la Poesía*. — *Madrid. Inauguración de dos monumentos*. — *La feria de Córdoba* (ocho fotografías). — *Melilla. Toma de la posición de Hasi-Berkán* (cuatro fotograbados).

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Al terminarse esta guerra, si quiere Dios que se termine alguna vez, vamos a quedar lo que se dice gastados para toda emoción.

Lo vamos estando ya. Leemos las noticias terro-ríficas y espeluznantes, como leeríamos un suceso ocurrido hace años y que no despierta sino un interés relativo.

Diariamente se van a pique buques torpedeados, y ni aun se pregunta qué fué de sus tripulaciones. Tanto gemido, tanto dolor, se extinguen sin eco. Caen racimos humanos en el inmenso lagar de la Muerte, y no se escucha una queja, un suspiro.

El mismo lenguaje de la prensa es como apagado, incoloro. Se diría que lo que está sucediendo no tiene realidad; es uno de esos enormes frescos de batallas que decoran las paredes escurialenses, y ante los cuales pasamos indiferentes, concediéndoles apenas una distraída mirada. ¿Qué gente es esa que hormiguea allá en el fondo gris? ¿Son turcos, son holandeses? De sus heridas ¿brotaba en efecto sangre?

Y así vamos dejando correr los días, esperando siempre que nos alivien del peso de esta sorda angustia; que resuene la palabra «paz» y podamos ver, disipada la nube de humo de los cañones y bombas, qué queda de la Europa que conocíamos, qué nueva forma ha tomado, cómo vamos, en lo sucesivo, a vivir, y quiénes van a ejercer la hegemonía, si los alemanes o los ingleses.

Porque no hay otra disyuntiva: Europa será inglesa o alemana; y no sólo Europa, el mundo entero.

Y si son los alemanes los que llevan el gato al agua, parecerá como un prodigio histórico. Porque ya no queda nadie que contra ellos no esté. Asistimos a la lucha de tres naciones contra ocho o diez.

¡Alemania, con sus aliadas Austria-Hungría y Turquía, ve enfrente a tantos pueblos! ¡Francia, Ir-glaterra, Italia, Rusia, el Japón, Servia, Bélgica, Portugal, y ya está enseñando los dientes, aunque no acabe de morder, un formidable can de presa, los Estados Unidos!

Me he dejado en el tintero a otro Estado que en-vía gallardamente su cartel de desafío... ¡La Repú-blica de San Marino también está en guerra con Alemania! Hasta los gatos quieren zapatos, señores...

La República de San Marino es formidable. Sus ciudadanos no bajan de ocho mil. Su ejército se compone de novecientos valientes. Y lo serán, como el que más, no hay que dudarle.

Pero pasó el tiempo en que con novecientos hom-bres se trazaban las páginas de una epopeya. ¡Nove-cientos hombres!

Los generales de hoy en día son como aquel re-verendo Padre Visitador, que en una visita a un Convento de su orden se quejaba de la escasez de la comida, y habiendo alegado el Superior que le ha-bían servido un orondo pavo, exclamó:

— ¡Valiente cosa! ¡Un pajarito!

Para los generales, jefes y caudillos de esta gue-rra, hartos menos que un pajarito son los novecien-tos de la minúscula República, la cual, si conserva aun los cuatro cañones que le regaló Napoleón Bo-naparte, no tendrá, probablemente, otra artillería... Los de San Marino (que estaba enclavado en los Estados pontificios), han encontrado buena ocasión de quitarse el no muy lucido mote militar de «sol-dados del Papa».

¿Quién sabe qué hazañas oscuras, sin nombre,

ésta es otra característica de la lucha actual, realiza-rán los san-marineses, que por más señas, según leo, deben a los alemanes su independencia, y tra-taban de «hermana» a la serenísima de Venecia, que la ha perdido antes?

Sea de esto lo que quiera, ya hay un Estado más en danza contra las tres naciones unidas y a favor de los aliados...

**

Pero Alemania erre que erre.

Ya ha desaparecido el «pan de guerra» y lo sub-stituye el blanco trigo. A estas alturas, Alemania no ha sido invadida.

Resiste.

Ignoro si el verbo es exacto, si resistir es cuanto puede decirse, o hay que considerar que gana ter-reño, en el mar especialmente, como afirman los ger-manófilos á outrance.

Confieso que no lo sé ver claro.

Lo único que sé es que se prolonga ya demasiado la lucha.

Y además, cunde.

El *Heraldo* presenta un mapa de Europa aterradora. Es negro en él cuanto comprende los Estados que pelean, y blanco lo neutral, y lo blanco ¡es ya tan poco!

**

He formado parte de la peregrinación de la Co-ruña a Santiago de Compostela.

No he de escribir que me sentía transportada a la Edad Media, porque los procedimientos de locomo-ción han variado hasta el punto que sabemos; pero siempre hay un aroma tradicional en estas cosas, y si muchos peregrinos van en automóviles particula-res o de línea, no pocos hacen la excursión a pie, como en los primitivos tiempos.

Santiago de Compostela se presta admirablemen-te a estas manifestaciones de la piedad religiosa.

Ofrece un fondo y una decoración artística incom-parable, un escenario grandioso, en que todo ad-quiere un realce especial.

Compostela está consagrada por el tiempo y la historia; pero, a veces, la devoción improvisa. A muy corta distancia de mi aldea, hay una parroquia don-de la gente campesina ha declarado Santo por aclamación popular a un fraile, al cual la Iglesia no con-cedió tan alta categoría.

El fraile es autor de una obra titulada nada me-nos que «Arco Iris de paz, cuya cuerda es la con-sideración y meditación para rezar el Santísimo Ro-sario de Nuestra Señora: su aljaba ocupa quinientas y sesenta consideraciones, que tira el Amor divino a todas las almas, y especialmente a las dormidas en la culpa, para que despierten y le sigan en los Sagra-dos misterios Gozosos, Dolorosos y Gloriosos, en que se contienen la vida de Cristo nuestro Bien, y las mejores y mayores alabanzas de María Santí-sima.»

Por este libro de gongorino título sabemos que el Santo, llamémosle así provisionalmente, Fray Pedro de Santa María y Ulloa, era dominico, hijo del Con-vento de San Esteban de Salamanca, y prohijado en el Real Convento de San Pablo de Sevilla.

Y sabemos también que nació fray Pedro en el Arzobispado de Compostela, en la aldea de Castri-llón, feligresía de Santa María de Oys, a mediados del siglo XVII; y que su madre soñó, antes de que naciese el niño, que le veía decir misa; y que en los días de ayuno, el pequeñuelo no quería mamar; y que su madre fué maleficiada por una vieja labriega (recuérdese que aquél es el siglo del embrujamiento) y vió secarse sus pechos, hasta que a fuerza de ora-ciones se rompió el hechizo, y murió en el fuego de una hoguera, voluntariamente, la hechicera; y que el niño, en la escuela, profetizó que de ella saldrían siete clérigos, y la profecía se cumplió; y que rezaba ante una cruz hecha de tronchos de berzas, cosa bien galaica y mariñana; y que estudió gramática en Be-tanzos; y que fué criado de D. Pedro Andrade, se-ñor de San Saturnino; y que, después de muchas austeridades, entró en los Dominicos, porque no pudo entrar en la Cartuja; que, al fin español legíti-mo, sintió deseos de pasar a las Indias, si no a re-partir tajos y mandobles, a convertir almas, y se di-rigió a Nueva España, luego al Perú, Angola y Cabo Verde, llevando por todo viático un Breviario y una túnica de lana; y convirtió piratas, y trajo a la fe a reyezuelos negros, y en Guatemala estuvo a punto de muerte por grave enfermedad, y en el Potosí dejó descubierta para otros una mina de plata, y en Canarias, y en la Ciudad de la Laguna, se le apare-ció el demonio; y en suma, fué su vida la de infati-

gable aventurero religioso, asceta y viajero — la vida de tantos frailes de aquellos días —.

¡Vida privada de todo refinamiento, pero llena de emoción y de interés, activa, fecunda, grata en re-sumen!

Y cuando entregó a Dios su alma ardorosa, que-dó Fray Pedro, que era moreno, seco y curtido, muy rosado y blanco, y sus manos, como la misma nieve, cuenta su biógrafo.

Ahora bien, la gente de Oys y de las parroquias circunvecinas por Santo dió en tenerle, y en acudir a rendirle sus ofrendas, y al párroco misas, algunas de «a onza».

Repetidamente el Arzobispo de Santiago advirtió que no estaba canonizado, ni mucho menos, el que el pueblo sigue llamando San Pedro Manzano, y que no podía autorizar un culto no santificado por el Papa.

Continúa la gente acudiendo a venerar la memo-ria del siervo de Dios, y contribuyendo con cuanto puede, en especie o en metálico, para impetrar su intercesión eficaz.

Es la devoción libre, ardiente, espontánea, del pueblo, tal cual en el siglo XIII existiría.

**

En ella pienso cuando encontramos, al acercarnos a Compostela los grupos de labriegos que vinieron a pie a incorporarse a la peregrinación.

Van despacio, y llevan, en un hatillo hecho con un pañuelo de cuadros azules, el pan que han de comer.

Muchos están todavía en ayunas: esperan comul-gar al llegar a Santiago. Otros, dentro ya de la ciu-dad, han cumplido este deber religioso, y tienen, cuando se suman a los demás peregrinos para hacer su entrada en la sacra ciudad, ganado el Jubileo y cruzada la misteriosa puerta...

Cantando el himno al Apóstol, los peregrinos, for-mados en filas, precedidos por su estandarte, pasan, luciendo en el pecho la insignia, que es, por cierto, feísima, cuando tan fácil fuera haber acuñado algo artístico dentro de lo barato y sencillo que el caso exige...

Sublevada desde el primer momento ante la feal-dad de la medalla, vi en la Catedral, delante de nosotros, cerca de la reja del presbiterio, a una mu-jeruca vieja, encorvada, que vestía una esclavina de hule, un sombrero de la misma forma que el de la románica efígie del Apóstol, y empuñaba una tosca cruz de palo.

La esclavina, salpicada de conchas veneras o *vieiras*, que también guarnecían el sombrero, daba una impresión análoga a la del templo, arcaica y fami-liar, en extremo pintoresca.

Y entonces se me ocurrió que el distintivo de los peregrinos debiera ser únicamente una concha, la clásica del Señor Santiago!

Ya que hoy parezca excepcional la esclavina y el sombrero y el bordón de los tiempos del caballero Tanhäuser, quede, como lazo de unión entre lo pa-sado y lo presente, la conchita, de metal o plata.

A mí me regalaron, en cuanto manifesté mi pro-testa contra la medalla industrial que ostentábamos, una bonita venera de plata, blasonada con la cruz de Santiago.

Y me propuse hacer propaganda a la concha, como distintivo de las peregrinaciones composte-lanas.

Ya estamos en la gran nave del templo, y, cual enorme y pesado pájaro de plata, el *Botafumeiro* empieza a lanzarse al espacio, primero pausadamen-te, dulcemente, después raudo, poseído de una espe-cie de furia de adoración.

El gigantesco turibulo va por encima de nuestras cabezas, y causa miedo la hipótesis de que pudiese romperse su cuerda y caer el Volador sobre nos-otros.

Y me asalta el recuerdo de los versos atribuidos a Víctor Hugo:

«Tiene un santo Compostela,
y el rey de los incensarios,
que de nave a nave vuela...»

Realmente, Víctor Hugo sólo escribió: «*Compos-telle a son saint...*»

Pero, si llega a enterarse del Botafumeiro, algo muy grandioso le inspiraría.

Porque la idea de este incensario es de las más ingeniosamente bellas, y realiza el conjunto, ya tan poético, de la peregrinación a este lugar, que es una de las entrañas de la nacionalidad española.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA AVENTURA DE JONÁS, POR JOSÉ PÉREZ HERVÁS, dibujo de J. Basté



No creía yo que nadie me conociese ya, después de tantos años como falté de España

Al embocar en el puente del Arenal me quedé con dos palmos de boca abierta, de puro asombro: en aquel hispanosuiza y junto a aquella dama rozagante, iba Jonás, sí, Jonás en persona.

Pero no conocen ustedes a Jonás. Jonás había sido condiscipulo mío en Guadalajara, en la solemne mansión de los Duques del Infantado. Su nombre no saldrá de los puntos de mi pluma; Jonás era su mote, porque allí todos lo teníamos, hasta un servidor de ustedes; pero hoy el mío no hace al caso. Día vendrá en que lo saque a relucir si antes no me lo ponen «en los papeles o en las tablas» Ortiz de Pinedo, Merino o cualquier otro de los que entonces parecía apuntábamos a la espada y hoy esgrimimos la pluma.

Volvamos a Jonás. Salomón no se había detenido mucho en su mollera; pero el ser algo gahnápiro no le quitaba ser también algo tieso de cogote, con poco fundamento, por cierto, y un marrullero de siete suelas.

Eso sí, en cuanto tenía un repique con cualquiera, había que oírle; se encolerizaba y su lengua hería: cosa nada extraña, ya que cuando la cólera sale de madre, no tiene la lengua padre.

En fin, por unas cosas y por otras, en jamás de los jamases me habría pasado por el magín que pudiese correr bien Jonás su suerte por el mundo, y por eso digo que me quedé como quien ve visiones cuando pasó raudo junto a mí en su elegante auto, con aquel prodigio de elegancia al lado, y él hecho todo un figurín.

¡Yo que me lo imaginaba incapaz de echar guindas a la tarasca! Sí, sí... Pues ya lo veía, qué rumbo, qué ostentación; y yo, a pesar de haber andado toda mi vida de zoca en colodra, más pobre que Caracuca.

Pero se trata de Jonás, dirán ustedes; y tienen ustedes razón.

Me causó tal pasmo verle rico (no podía dejar de serlo quien tal tren llevaba), que me volví, salí del

puente y dirigí la vista al auto que iba desempadrando. Comprendí que era inútil seguirle, y además, ¿para qué? ¿Qué me iba ni me venía de lo que fuese Jonás? Algunas veces había topado con otros compañeros de colegio y pasado revista a los recuerdos. Decíamos, por ejemplo:

— ¿Qué fué de Leocadio?

— Murió en Cuba.

— ¿Y Rodrigo?

— Es capitán, en Ceuta.

— ¿Y Escoll?

— Comandante, en Figueras.

— ¿Y Jonás?

— ¡Jonás! Una bala perdida. Dicen que se fué hace muchos años al Japón, de representante de una casa exportadora de aceites.

Me quedé, pues, junto a la ría, pensativo. Caía la tarde y al entrar la noche, el pequeño Támesis ve calmar momentáneamente el tráfigo que aturde sus riberas y sus aguas, hasta que la pleamar reanuda su actividad permitiendo la entrada y salida de los buques bajo el alumbrado eléctrico.

Si Bilbao es siempre hermoso, a esas horas es encantador, y el Paseo del Arenal, uno de los sitios donde se reúne la crema. El rato que allí me detuve, pensativo, me hizo demorar el asunto que me llevaba al otro lado del Nervión, por lo cual me decidí a pasear hasta la hora de cenar y del teatro.

Me dirigí a la casa de huéspedes, en la Plaza Nueva, y al penetrar en sus grandes soportales no pude menos de llamarme afortunado. Jonás, mi antiguo condiscipulo, venía en dirección opuesta hacia mí, alardoso, impecable, correctísimo. Me acerqué a él, tendiéndole efusivamente los brazos y exclamando:

— ¡Hola, Jonás!

Jamás he visto rostro más sorprendido y ofendido, y yo sentí súbitamente la sensación de que pisaba en falso. ¿Cómo no se me había ocurrido antes la posibilidad de una semejanza?

— ¡Caballero, sufre usted indudablemente una

equivocación, o si no, no me hubiese usted llamado con ese mote!

La voz me quitó mis dudas, no por sí, pues tengo observado que personas semejantes tienen voz parecida, sino por la cólera con que vibraba y sobre todo por lo del mote. ¿Mi caballero sabía que se trataba de mote? Pues era Jonás, más cierto que la luz.

— Amaina la cólera, hombre de Dios, le dije. ¿Te piensas que no te conozco? ¿Te crees acaso que voy a pegarte una ventosa? ¿No quieres que te llame Jonás? Bueno, te llamaré por tu verdadero nombre y apellido...

¿Qué había dicho yo? En el rostro de mi amigo dibujóse un horror macabro; llevó la mano a mi boca, como para tapármela, y repuso azorado:

— No, por todos los santos.

Y luego, como descorazonado añadió, casi para sí: — No me acordaba ya de vosotros. No se me había ocurrido que este día había de llegar..., que me conoceríais.

Le enlacé del brazo, y le animé.

— Mira Jonás, para mí serás siempre Jonás; pero no me temas; no intento hacerte daño alguno; si me lo pides, no te conoceré... Vamos, sube a casa conmigo, echarás un traguito de excelentísimo chacolí y te serenarás, ¿quieres?

Subimos. La impaciencia me roía. Tan ardientes eran mis deseos de saber por qué se turbaba Jonás a la sola mención de su nombre.

Ya en la salita y cerrada herméticamente la puerta le serví un vasito de chacolí y le dije:

— Chico, no tengo otra cosa que ofrecerte, pero en el campo de Barahona más vale mala capa que buena azcona, y ahora lo que necesitas es un trago para calmarte. No te entiendo, ni sé a qué obedece tu sobresalto...

Jonás bebió, como distraído. Luego, casi haciéndose un esfuerzo para empezar, aunque fácilmente después, se explicó:

— No creía yo que nadie me conociese ya, después

de tantos años como falté de España; y menos se me ocurría que me reconociesen los compañeros de colegio. ¿Cómo ibais a vislumbrar en mí al cochambroso Jonás que jamás se echaba un ojo de jabón a la cara?

Yo me propuse no interrumpirle. Él continuó:

— Ya sabes que los libros no eran mis favoritos, y menos los números. Esta fué la causa de que truncando mi carrera me dedicase a correr aceites... y representando a una importante casa andaluza marché al Japón y me establecí en Yokohama.

»Trabé allí estrecha amistad con un agregado del consulado español, de mi edad, y simpatizamos lo indecible; entre otras cosas, porque a los dos nos unía la desgracia de la orfandad más absoluta.

»Si yo no tenía padre ni madre, él tampoco; únicamente un tío, cuyo paradero ignoraba, aunque lo suponía en Cuba.

»Un día, Gil Robles, que así se llamaba mi buen amigo, recibió una carta, por mediación del cónsul general. Era de su tío, y su contenido el más asombroso que puedas imaginarte. Juzga:

»Querido sobrino, le decía poco más o menos, tras mucho buscarte, por fin en el Ministerio de Estado me han dicho tu paradero. Jamás me has visto, ni yo a ti. He vuelto a España porque me siento morir y quiero dejar aquí mis huesos. Me he encontrado con el gran dolor de no hallar vivo ningún pariente; pero en medio de mi tristeza Dios me ha dado el consuelo de saber de ti y, sobre todo el tener una hija a quien amo con toda mi alma y cuyo retrato te envío. Mis años y, más que nada, la proximidad de la muerte me evitan rodeos y disimulos: por amor a ella no quiero disminuir en nada la fortuna que la dejo; por amor a ti, es decir, por amor a mi difunta hermana, tu madre, no quiero marcharme de esta vida sin hacer algo en tu bien; y como sé que eres virtuoso y tienes talento y ya te habías abierto paso solo en el mundo, te propongo que te cases con tu prima Asunción y que la ames como buen esposo y la quieras además como si fueras su hermano o su padre. ¿Te conviene? Pues ponte un cablegrama diciendo que sí, para arreglar yo todo, el testamento mío, y los preparativos de vuestra boda, porque no quiero que la demoréis aunque Dios me llame a sí.»

Jonás se detuvo un momento en su relato, exhaló un suspiro y prosiguió:

— Excuso decirte que Gil puso al punto el cablegrama pedido, asintiendo. Me refirió cuanto le ocurría, me mostró el retrato de Asunción y me suplicó que lo acompañase. Yo tenía también muchos deseos de volver a España y accedí. Dejé encargada

de día, como de manifiesto, su retrato sobre la almohada en la litera, y por la noche en la cartera, con sus documentos, en la americana, colgada cerca de la cabecera.

»El viaje de Osaka a San Francisco fué feliz; el de San Francisco a España, desgraciado. El *Nikita Maru* naufragó en el Atlántico. Fué por la noche; no sé por qué estalló la caldera. La confusión fué terrible; salté de la litera y me puse rápidamente la americana y el cinturón salvavidas. Gil venía tam-

»La recordación del peligro, la emoción de verme salvado, la sorpresa de oírme llamar Sr. Robles, todo esto combinado me dejó sin palabra y levanté los ojos como para dar gracias al cielo. Y entonces lo comprendí todo: a los pies de mi litera vi colgada la americana del desgraciado Gil Robles, que yo me había puesto en la confusión del súbito y terrible naufragio...

»¿Qué iba a hacer? Batallé como un valiente conmigo mismo, pero me derroté yo mismo; sucumbí a mi ambición, y a mi amor, porque te digo la verdad, me había enamorado de Asunción, de la que hoy es mi esposa...»

Jonás calló, y sacando fino pañuelo se lo llevó a los ojos.

— ¿Lloras?, le pregunté.

— Sí, me siento aliviado, porque eres la primera persona a quien he confiado este secreto que me abraza.

— ¿Y tu mujer te ama?

— Me adora, como yo a ella; y ésta es mi pena; porque no puedo desterrar de mi corazón una angustia mortal, y ella, a pesar de su amor, se inquieta. Creo que moriré de pena, abrasado por mi secreto.

— Manifiéstaselo.

— Jamás.

— ¿Por qué no? ¿Te he dejado yo de apreciar por tu franqueza? Antes al contrario; yo creo que habría obrado como tú; y en tu puesto me manifestaría. Las penas secretas son mortales.

— ¡Oh, si pudiese!

— Quiérello y podrás, dije levantándome; siento que no podré estar en Bilbao para que me des las gracias por este consejo cuando recobres la calma en el disfrute de tu amor.

— ¿Te vas de Bilbao?

— Sí, vuelvo a Barcelona donde vivo; te prometo que mantendré secreto cuanto me has revelado, a menos que no me des permiso para hablar. Pero ten ánimo, y cúrate de tu congoja. ¿Lo harás?

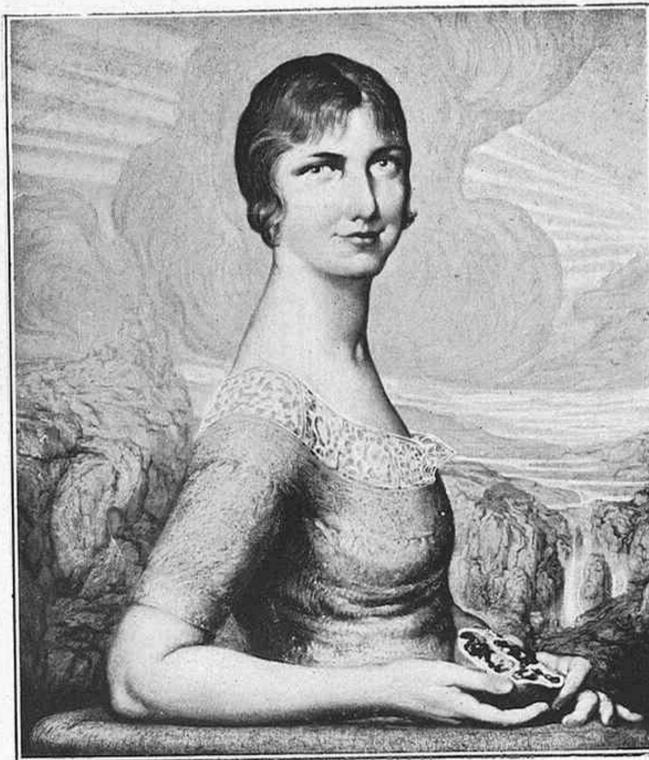
— Creo que sí, porque me ahoga el remordimiento.

— Aquí tienes mi tarjeta, con mis señas; que me escribas.

— Sí, te pondré un telegrama, breve, pero de tal modo que lo entiendas, y entonces quedarás exento de guardarme el secreto.

— Adiós, pues, querido, y ánimo. Si ella te ama, no temas.

Despedí a mi amigo, y me quedé recordando algunos episodios de nuestra vida colegial. Y allí, en las lejanías de la remembranza del pasado, fiotaban indicios de las acciones del presente; que dejará el perro las lanas, pero no las mañas...



Retrato de la Srta. Acebal, pintado por Nestor F. de La Torre (Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1915.)

bién detrás de mí, y ambos corrimos desalados hacia la escalerilla de cubierta. De pronto la presión del agua hundió un compartimento estanque y arrastró a Gil, quien dió un grito y desapareció.

»Yo me quedé asido al barandal, y en el segundo instante, los nervudos brazos de un marinero nipón me empujaron y perdí el conocimiento. Cuando volví en mí me encontraba en la litera de un camarote lujosísimo. Acompasado y rítmico, como el palpitar de un corazón gigante, llegaba hasta mí el ruido de la máquina del buque. De pronto, una voz firme, pero amable y de marcadísima pronunciación y construcción extranjera, me preguntó:

» — ¿Qué a usted, Sr. Robles, le duele?



Sol de tarde (marina), cuadro de Ricardo Verdugo Landi. (Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1915.)

la representación de la casa a un dependiente y me embarqué. Fuimos primero a los Estados Unidos, en el mismo camarote, hablándome él siempre del amor que había concebido por Asunción; teniendo

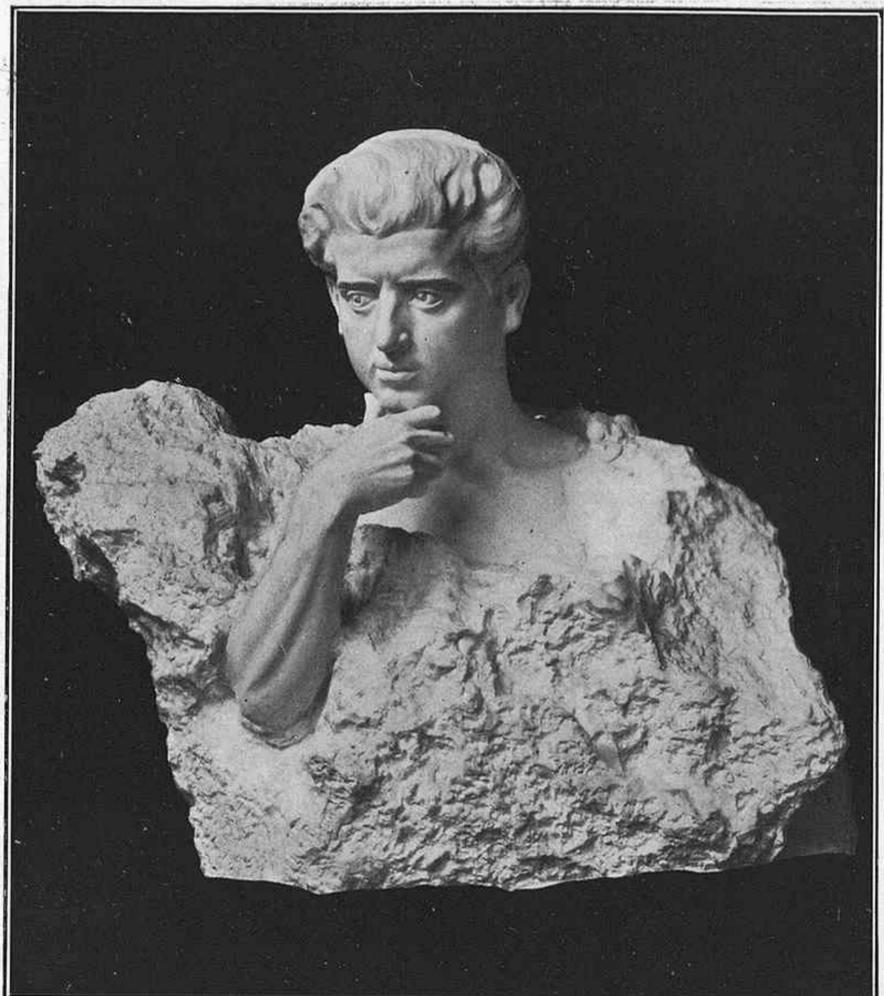
»Era el médico del *Tringano*, buque alemán que se dirigía a Bremen y que nos había salvado.

» — Usted *ha* mucha suerte *tenido*, prosiguió, porque *está* el único europeo salvado.

Ocho días después, de vuelta ya en Barcelona, recibí un telegrama lacónico, pero expresivo: «Gracias, gracias, gracias. — Jonás»



Retrato de mi hermana Milagros, escultura de José Pérez Rubín



Retrato de mi hermano, escultura de José Pérez Rubín



El pan nuestro de cada día, cuadro de Ventura Álvarez Sala, pintor premiado con primera medalla en la actual Exposición Nacional de Bellas Artes

(De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

LA GUERRA EUROPEA. (De fotografías de Trampus y Parrondo.)



Roma. — Grandiosa manifestación en la que doscientas mil personas reunidas delante del Quirinal aclaman con entusiasmo a los Reyes, a los príncipes reales y al Regente del Reino duque de Génova, con motivo de la declaración de guerra a Austria-Hungría

Los belgas han rechazado un ataque sobre la orilla Este del Iser al Sur del puente del ferrocarril de Dixmude. Los franceses, después de varios días de combates, en los que sucesivamente iban conquistando grupos de casas de Neuville, han tomado este pueblo, en donde se han apoderado de mucho material de guerra, y han consolidado las posiciones allí ocupadas; han realizado nuevos avances al Noroeste de la azucarera de Souchez, tomando la estación y la vía férrea de esta población y una cresta situada al Norte de la misma; han hecho progresos en el Laberinto de Neuville y en Notre Dame de Lorette; han conseguido importantes ventajas en la región de Hebuterne, en donde el terreno conquistado representa una extensión de 1.800 metros por un fondo de un kilómetro, tomando varias líneas de trincheras; han rechazado todos los contraataques de los alemanes contra estas posiciones, así como otro intentado en la región de Beausejour (Champaña); y en Lorena han avanzado sus líneas en la región de Ambermenil.

Los alemanes dicen que han rechazado un ataque de los belgas contra las dunas y varios de los franceses en ambas vertientes de Notre Dame de Lorette, al Noroeste de Souchez, al Este y Sur de Neuville, y entre Lievin y Arras. Añaden que en la Champaña han tomado varias trincheras en Hurlus y algunas posiciones en Le Mesnil, en un frente de 200 metros, habiendo rechazado los ataques realizados por el enemigo para recuperarlas. Confiesan, en cambio, que los franceses han conseguido algunas ventajas al Oeste de Souchez y

se han apoderado de un trozo de trinchera avanzada en el bosque de Le Pretre.

En el teatro de la guerra ruso, los austroalemanes han avanzado hacia Chawli tomando varias posiciones al Noroeste de Chawli, a pesar de la vigorosa resistencia de los rusos, y después de varios combates en el Niemen obligan a los moscovitas a retirarse a Kowno. Más al Sur ocupan una posición al

Horodenka; ocupan Zaleszezyki, rechazando los ataques que contra este pueblo emprenden los rusos llegan al Norte de Kolomea, después de perseguir enérgicamente al enemigo, y rechazan todos los ataques de éste contra Czernowitz. En la Bukovina los rusos se ven obligados a evacuar las últimas posiciones que allí ocupaban y consiguientemente los austroalemanes logran pasar el Pruth.

Los rusos, por su parte, afirman que continúan los violentos combates al Oeste de Chawli, en donde rechazan los ataques de los alemanes; que han rechazado también a las fuerzas enemigas que habían pasado a la orilla izquierda del Dniéster, obligándolas a volver a la orilla derecha; que los éxitos por ellos conseguidos en Zurawno obligaron al enemigo a suspender sus ataques contra Halicz; que rompieron la línea alemana deteniendo el ataque sobre el Dniéster; y que evacuaron Stanislaw sin combatir.

Los italianos continúan avanzando, aunque lentamente, habiéndose apoderado de Preikoffel, en el Tirol, de Pedestagno, en el Trentino, y de Plava y Monfalcone, en el Isonzo, venciendo en todas partes la enérgica resistencia que les oponen los austriacos. Han

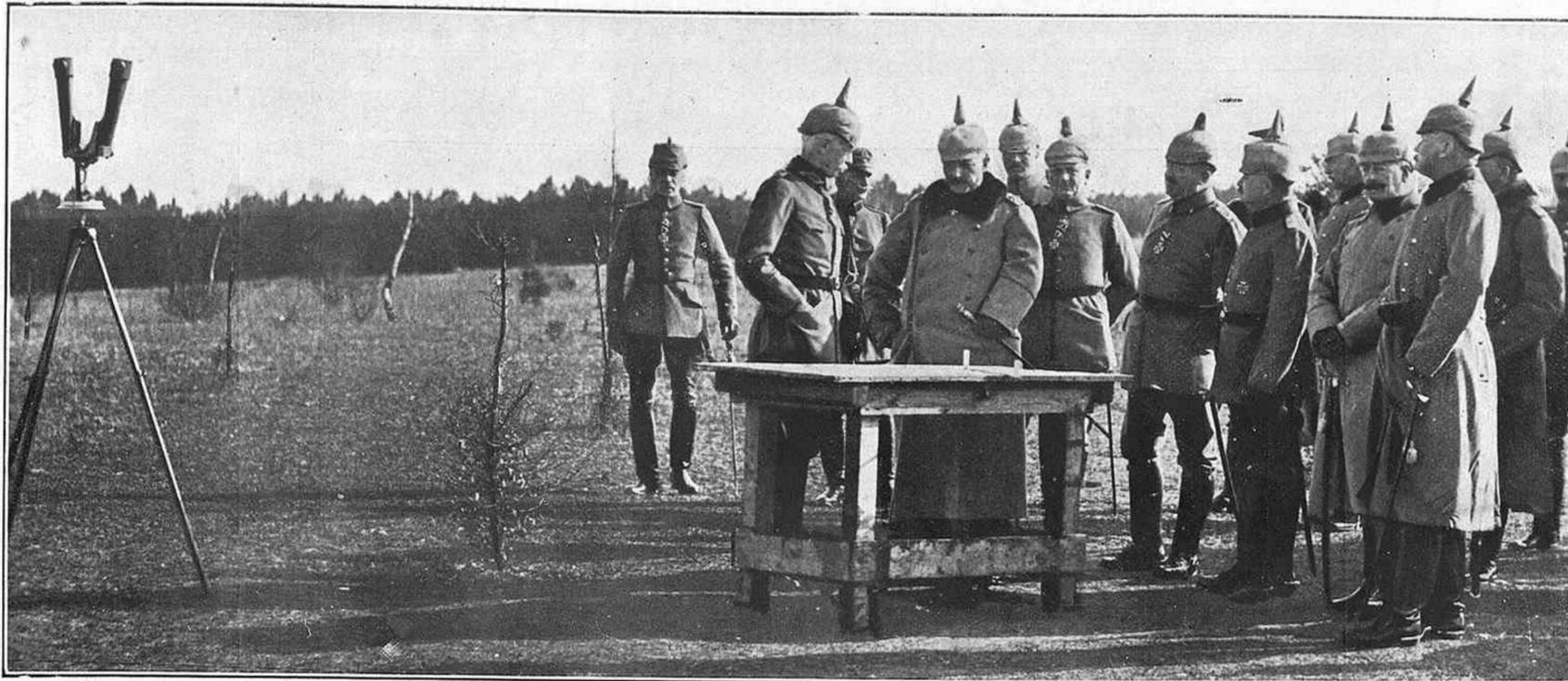
pasado el Isonzo medio, estableciéndose en la orilla izquierda; y en Monfalcone, en donde, además de la población, han ocupado la ciudadela y demás alturas y el canal navegable, han destruido una fábrica de gases asfixiantes.

Un dirigible italiano ha arrojado bombas sobre Pola ocasionando algunos daños, y otro bombardeó Fiume; este último, estando sobre el mar, se incen-



Distribución de licencias a los heridos servios curados para que puedan ir a pasar algunos días con sus familias antes de volver a incorporarse al ejército combatiente contra los austriacos

Norte de Prasnisz. En la Galicia prosigue el avance de los austroalemanes, quienes derrotan al enemigo en las alturas de Zurawno y se apoderan de este pueblo, así como de Stanislaw (que luego pierden para recuperarlo en seguida), de Sieniawa, de toda la línea de posiciones rusas al Noroeste de Mosciska, y de Mlyniska. Asimismo avanzan entre los ríos Pruth y Dniéster, pasan este último al Noroeste de



El emperador Guillermo II con su Estado Mayor consultando un plano de campaña en el campo de operaciones

dió y sus tripulantes fueron salvados y hechos prisioneros por los austriacos.

Un dirigible austriaco bombardeó Venecia sin causar más que ligeros daños en algunas casas particulares, según noticias de origen italiano.

Los partes oficiales de Viena tratan de quitar importancia a los éxitos que los italianos se atribuyen y dicen que los austriacos han rechazado varios ataques del enemigo, especialmente contra Gradisco y Sagrado, en el sector de Zonale (frontera suiza) y en la frontera de Carintia. Dicen, además, que ha sido echado a pique el submarino italiano *Medusa*.

De las operaciones en los Dardanelos se tienen pocas noticias: los turcos dicen que su artillería destruyó el frente enemigo en Ariburún y que al Oeste de San Juan de Medua un submarino austrohúngaro echó a pique un crucero inglés del tipo del *Liverpool*; y los aliados niegan en absoluto esto último y afirman haberse apoderado de dos alturas y haber causado importantes averías al crucero alemán *Breslau* y echado a pique, a la entrada del estrecho, un submarino austriaco.

En otros mares han sido echados a pique un submarino alemán, dos torpederos ingleses y un gran cazatorpedero ruso.

helénica en la actual conflagración europea. La situación de Grecia durante el ministerio Gunaris podía considerarse como una situación interina y el mismo Venizelos, al abandonar el poder a principios de marzo último, manifestó que su conducta ulterior quedaría subordinada a lo que el pueblo griego hiciese en las elecciones que poco tiempo después habían de realizarse.

Hace pocos días se han celebrado estas elecciones de diputados y en ellas ha obtenido un triunfo completo el partido venizelista. En efecto, de los 316 diputados elegidos, 193 pertenecen al partido de Venizelos y 100 al partido gubernamental; los 23 restantes se distribuyen entre las fracciones de Theotokis, Rhallos e independientes.

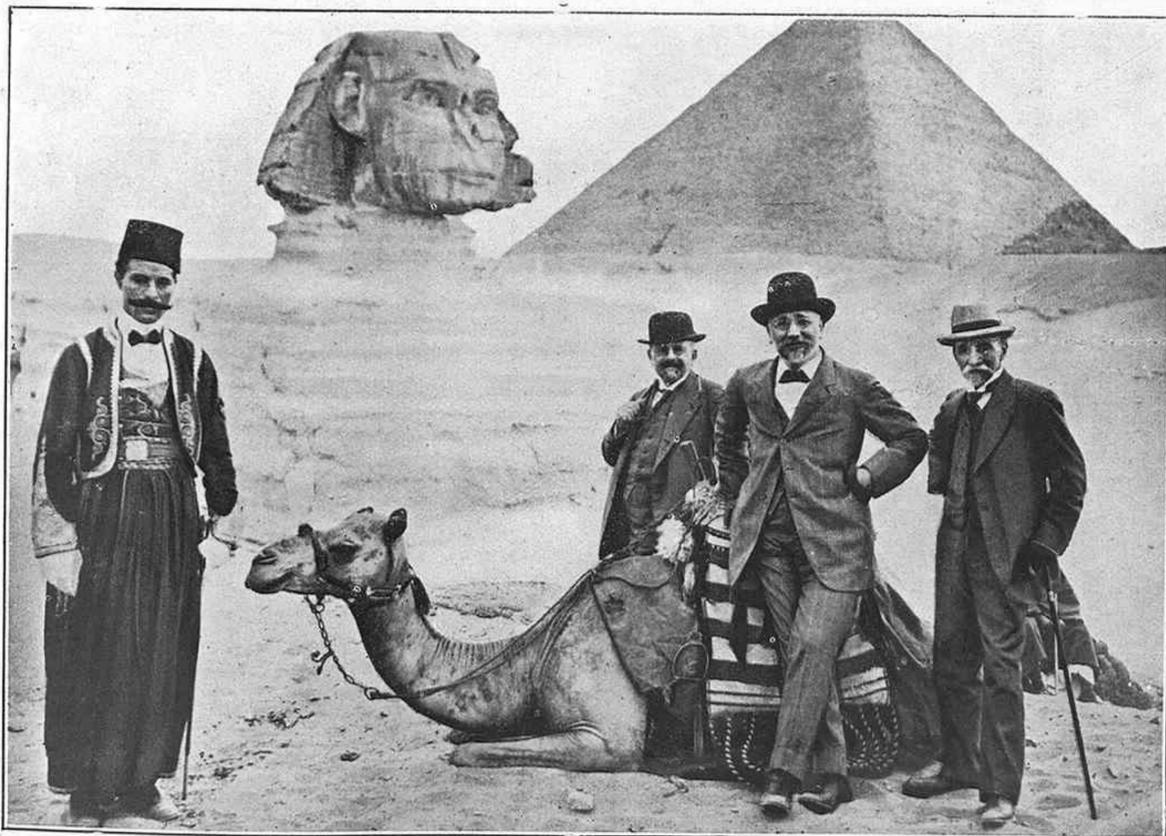
El gobierno ha sido, pues, completamente derrotado y es de esperar que apenas la Cámara empiece sus tareas, el ministerio Gunaris habrá de presentar la dimisión, encargándose del poder el Sr. Venizelos, cuyas opiniones intervencionistas en favor de la Triple Inteligencia son bien conocidas.

La reunión de la Cámara está fijada para el 20 de julio, pero la opinión pública quiere que esta fecha se anticipe para que se ponga término a la situación actual, ambigua y peligrosa.

apenas se halle al frente del gobierno Venizelos, Grecia abandonará la neutralidad en que hasta ahora se ha mantenido y entrará en la lucha prestando su poderosa ayuda a la causa que defienden Inglaterra, Francia, Bélgica, Rusia, Italia, Servia y Montenegro. A la nota que los Estados Unidos enviaron a Ale-



El aviador inglés subteniente Warnford, que destruyó un zeppelin entre Gante y Bruselas, acto por el cual fué felicitado por el Rey y recompensado con la gran cruz de Victoria y que ha fallecido el 17 de este mes en el aeródromo de Buc (Francia) a consecuencia de un accidente desgraciado. (De fotografía.)



El expresidente del Consejo de Ministros de Grecia Sr. Venizelos en las Pirámides de Egipto en donde actualmente se encuentra

Las elecciones recientemente efectuadas en Grecia eran esperadas con gran ansiedad, porque del resultado de ellas ha de depender, en concepto de muchos, la actitud que en definitiva adopte la nación

Ocioso es decir que el resultado de las elecciones legislativas griegas ha sido acogido con gran entusiasmo por las potencias enemigas de los imperios centrales, pues confían muy fundadamente en que,

mania, con motivo de la pérdida del *Lusitania*, nota de la que nos ocupamos en el número 1743 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, contestó el gobierno alemán con otra diciendo para justificarse, entre otras cosas, que aquel buque iba armado de cañones y conducía tropas y material de guerra para los aliados.

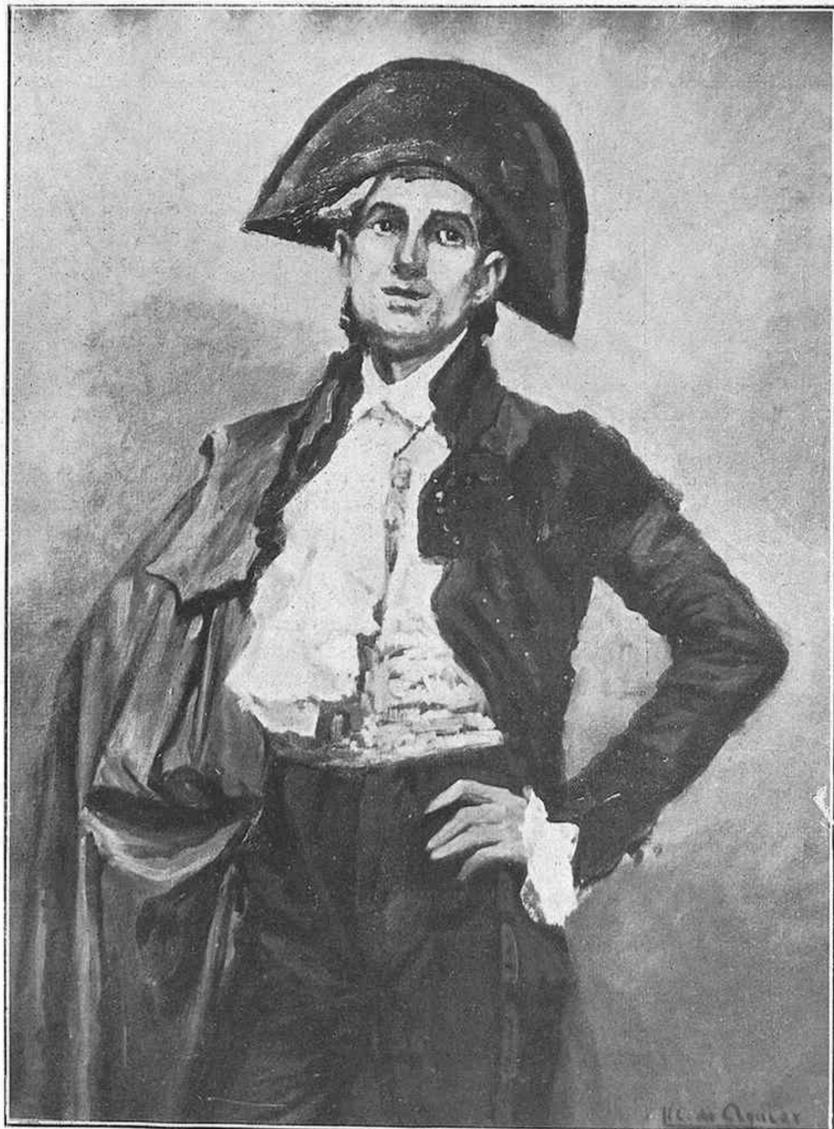
El gobierno de Washington ha replicado con otra nota en la que después de afirmar que el gobierno alemán ha sido mal informado respecto de aquellos extremos le invita a presentar las pruebas, en el caso de que las tenga y sostiene que no pueden ser desconocidos ni violados en la zona de guerra los derechos de los ciudadanos americanos.

Añade que los Estados Unidos esperan que Alemania obrará con plena justicia y con humanidad; renuevan solemnemente y con toda energía las reclamaciones contenidas en la nota anterior y termina diciendo:

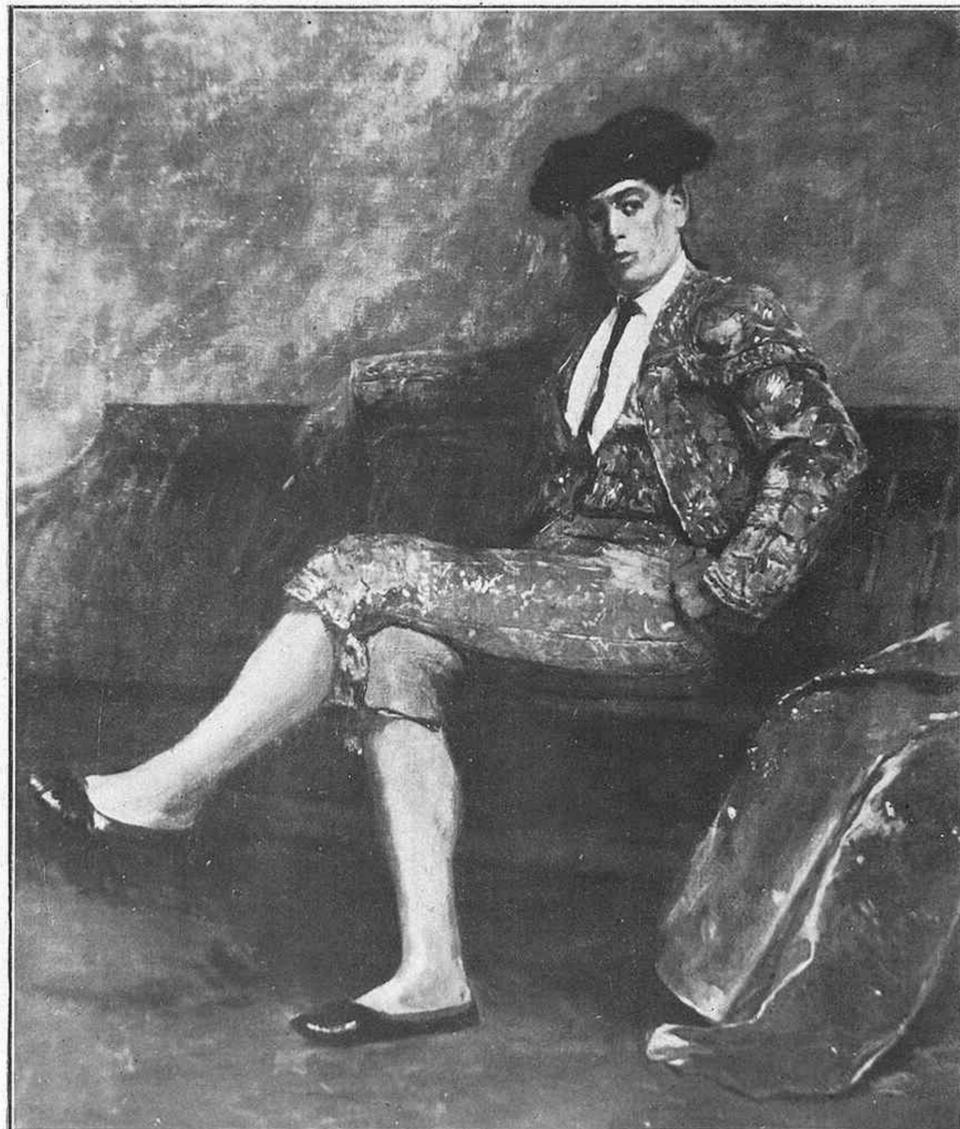
«El gobierno de los Estados Unidos espera con todo fundamento que el gobierno imperial alemán adopte las medidas necesarias para poner en práctica los principios más arriba mencionados referentes a la salvaguardia de las vidas y haciendas de los norteamericanos y pide al gobierno de Berlín seguridades de que se tomarán tales medidas.»



Inefables caricias



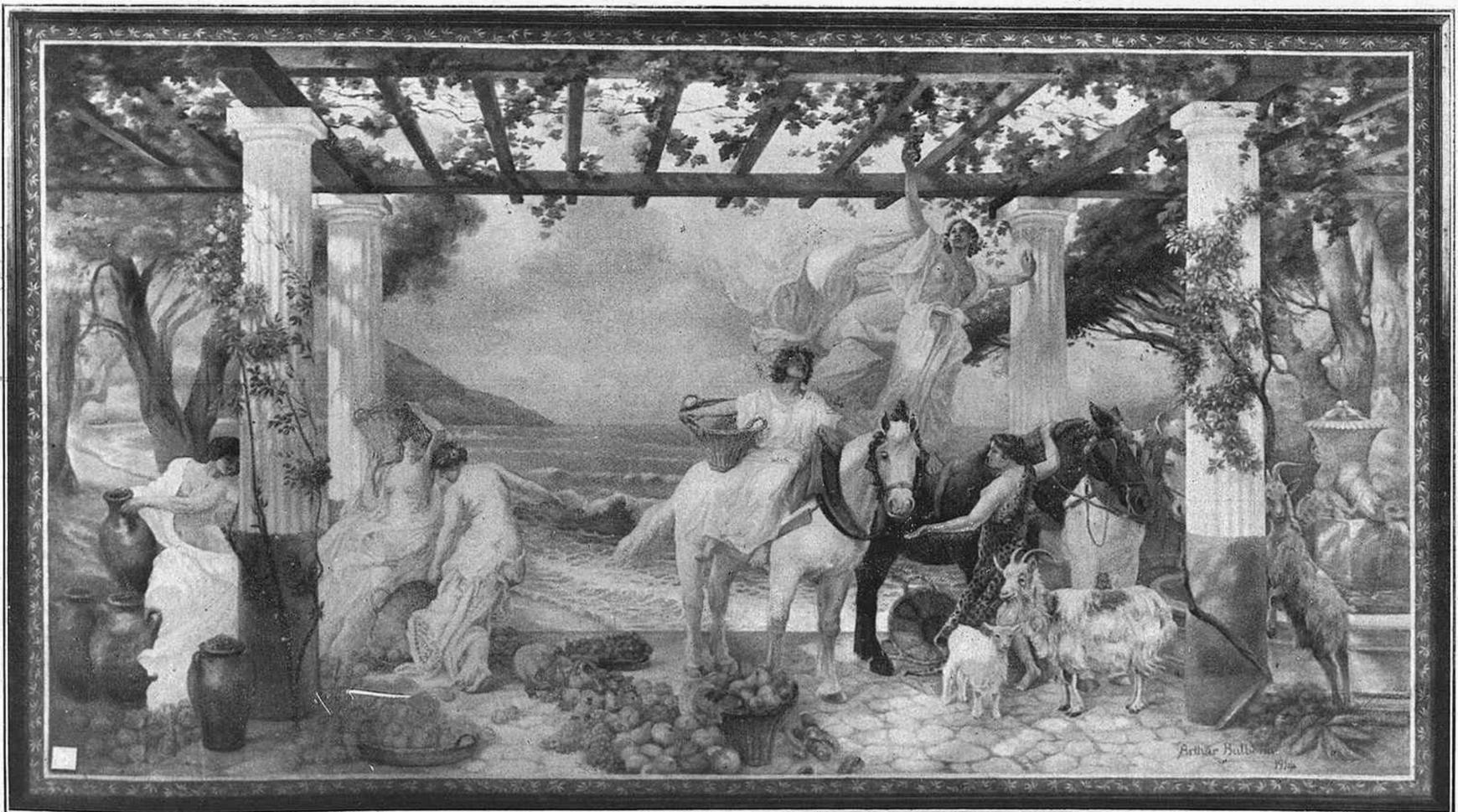
Un elegante de antaño



Antes de la corrida



Historia de Telémaco. Danza y amorfos de las ninfas



Fructidor, panneau decorativo para comedor. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

VALENCIA. — LA FIESTA DE LA FLOR Y DE LA POESÍA

En el Teatro Principal de Valencia se ha celebrado la Fiesta de la Flor y de la Poesía organizada por la dependencia mercantil a beneficio de la Asociación Valenciana de la Caridad. La sala ofrecía un aspecto brillantísimo y en el fondo del escenario ostentábase un soberbio tapiz hecho con flores naturales.

Al presentarse el Consistorio y el Jurado, sonaron grandes aplausos, y el Sr. Bergamín, que formaba parte del primero, fué objeto de una calurosa ovación. Abierto el sobre que encerraba el nombre del poeta premiado con la flor natural, resul-



Valencia. La Fiesta de la Flor y de la Poesía. — Excmo. Sr. D. Francisco Bergamín, mantenedor de la fiesta.

tó ser el distinguido periodista murciano Sr. Bolarín, quien había delegado en el director de la Asociación de Caridad, señor Sanchis Bergón, el nombramiento de reina de la fiesta. Fué proclamada la bellísima señorita Doña Amparo Sanchis, que vestía lujoso traje de labradora del país, y pasó a ocupar



Señorita Doña María de los Desamparados Sanchis y Banús, Reina de la Fiesta de la Flor y de la Poesía de Valencia.

ra un delito de lesa patria. Manifestó que podemos sentir simpatías por unos u otros beligerantes, pero sin exteriorizarlas; expuso las ventajas que la neutralidad ha de proporcionarnos y los perjuicios que el abandonarla nos acarrearía, y dijo que hemos de conservar todas nuestras energías para no presentarnos debilitados a la hora de la liquidación. Terminó encomiando en hermosos párrafos a la reina de la fiesta y a la ciudad de Valencia, y dedicando un recuerdo a las germanas de aquella ciudad.

El Sr. Bergamín fué continuamente ovacionado y al final de su discurso aclamado con entusiasmo.

Puso fin a la fiesta un discurso del alcalde, diciendo que Valencia se honrará nombrando hijo adoptivo al Sr. Bergamín, agradeciendo los elogios que éste había dirigido a Valencia y enalteciendo, a su vez, a la ciudad de Málaga, de donde el Sr. Bergamín es hijo.

MADRID

INAUGURACIÓN DE DOS MONUMENTOS

En el campo que la representación del Tiro Nacional en Madrid posee en la Moncloa, efectuóse el día 10 del actual la inauguración del monumento erigido para perpetuar la memoria del fundador y primer presidente de aquella Sociedad, el general D. Julián Suárez Inclán.

Asistieron al acto el comandante general de Alabarderos Sr. Aznar, en representación de S. M. el Rey; el presidente de la Sociedad del Tiro Nacional general Luque, el capitán general señor Orozco, el gobernador militar, otros generales, gran número de jefes y oficiales, el duque de Tovar, presidente de la Representación del Tiro Nacional en Madrid, y otras distinguidas personalidades.

El general Luque pronunció un discurso, comenzando por saludar al Rey y a las autoridades, a quienes expresó su agradecimiento. Elogió la notable gestión realizada por el general Suárez Inclán, cuya memoria ensalzó y de quien dijo que había dedicado todas sus energías al Tiro Nacional, logrando la subvención de 50.000 pesetas anuales, merced a la cual ha podido fomentarse la afición al tiro y han podido formarse tiradores que tan alto han puesto el nombre de España en recientes concursos extranjeros.

Terminado el discurso del Sr. Luque, que fué muy aplaudido, procedióse a descubrir el monumento.

Al día siguiente fué solemnemente inaugurado el monumento al general Vara del Rey y a los héroes del Caney levantado en el Paseo de Atocha.

La acción del Caney es una de las páginas más gloriosas de la campaña de Cuba: en el pueblo de aquel nombre, 526 hombres allí enviados por el general Linares para dificultar el avance del ejército norteamericano que marchaba a poner sitio a Santiago de Cuba, lucharon heroicamente, a las órdenes del general Vara del Rey, contra fuerzas trece veces superiores y apoyadas por poderosa artillería, y sólo se retiraron, no sin haber causado enormes bajas en el adversario, cuando aquel general, herido ya en las dos piernas, fué muerto de un balazo en la cabeza.

Para perpetuar la memoria de aquella jornada, el Centro Español de la Haba-

na, recogiendo las iniciativas del Centro Asturiano y del Centro Gallego, abrió una suscripción y con el producto de ésta ha erigido el monumento que reproducimos y que es obra del celebrado escultor Sr. González Pola. Sobre un pedestal, en cuyo frente hay la inscripción «A los héroes del Caney» y a cuyos lados se ven la cruz laureada de San Fernando y dos manos enlazadas que simbolizan España y Cuba, está la figura del general Vara del Rey que cae herido en brazos de un ayudante, mientras a sus pies hacen fuego dos guerrilleros.

Al acto de la inauguración asistieron SS. MM. los Reyes



D. Andrés Bolarín, periodista murciano premiado con la flor natural en la Fiesta de la Flor y de la Poesía de Valencia. (De fotografías de V. Barberá Masip.)

D. Alfonso XIII, D.^a Victoria y D.^a María Cristina, y Sus Altezas los Infantes D. Alfonso, D. Fernando y D.^a Isabel.

El Sr. Labra, presidente de la comisión organizadora, pronunció un elocuente y patriótico discurso, dando las gracias a los Reyes e Infantes, explicando la acción del Caney y enalteciendo la memoria de aquellos héroes.

Después de otro elocuente discurso del Sr. Dato, el monarca procedió a descubrir el monumento, y terminada la ceremonia, SS. MM. conversaron con la familia del general Vara del Rey y con los sobrevivientes de la gloriosa jornada.

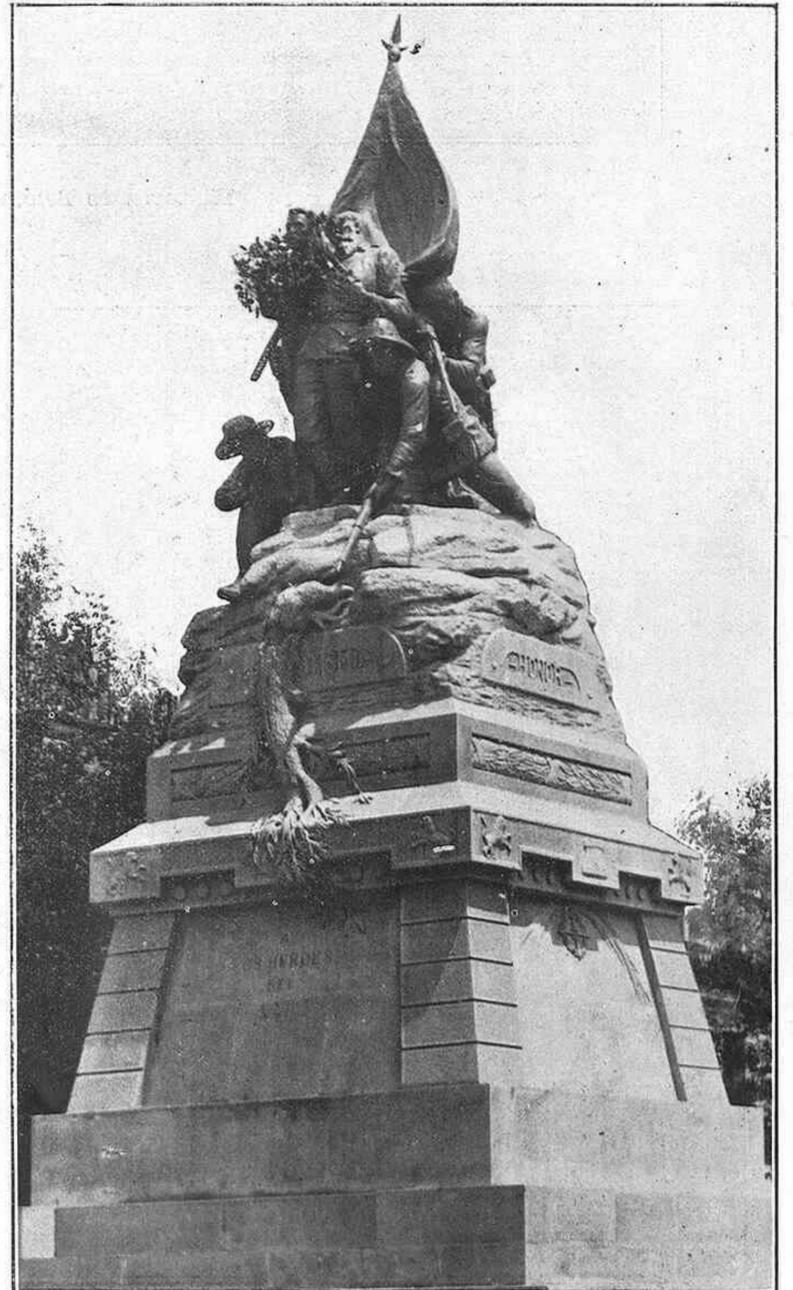


Madrid. — Monumento al general D. Julián Suárez Inclán, fundador y primer presidente del Tiro Nacional, recientemente inaugurado. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

el trono acompañada de su corte de amor, a los acordes de la Marcha de la ciudad ejecutada por la banda, y entre las entusiastas aclamaciones de la numerosa y selecta concurrencia que llenaba la sala.

A continuación se leyeron los nombres de los demás poetas premiados, se leyeron algunas poesías y se ejecutaron escogidas piezas de música.

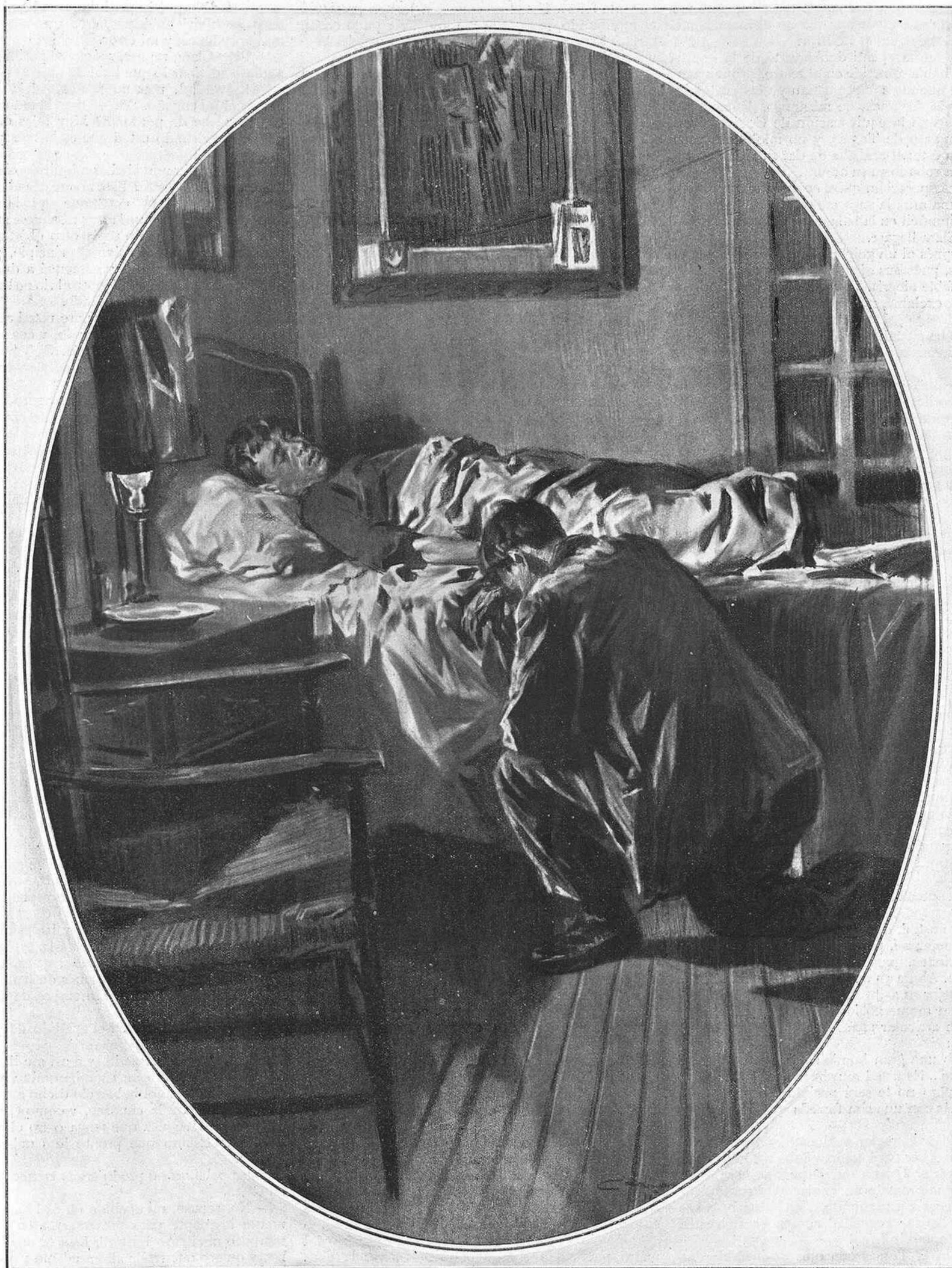
Concedida la palabra al Sr. Bergamín, mantenedor de la fiesta, pronunció un elocuente discurso, comenzando por dedicar un sentido recuerdo y un caluroso elogio al jefe de los conservadores valencianos D. Antonio Lázaro, recientemente fallecido. Después de enaltecer a la mujer valenciana y de entonar un himno al trabajo y al patriotismo, se felicitó de que España haya conseguido conservar la neutralidad en la actual conflagración europea, añadiendo que quiere una neutralidad respetuosa, sin lesionar ningún derecho, y que salir de ella se-



Madrid. — Monumento al general Vara del Rey y a los héroes del Caney, solemnemente inaugurado el día 11 del actual. Obra del escultor Sr. González Pola. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

LA ROCA DEL HOMBRE MUERTO

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR Q. - ILUSTRACIONES DE VICENTE CARRERES. (CONTINUACIÓN.)



Y entretanto yo seguía arrodillado junto al cadáver de mi infeliz amigo

XVIII

EN QUE SE DICE CÓMO CLARA FUE AL TEATRO; Y
CÓMO VIÓ LA HEBILLA DE ORO.

Tomás estaba muriéndose; pero había adoptado ya y firmado sus disposiciones.

El cirujano, después de reconocer la herida, la declaró mortal; y para mi pobre amigo comenzaba la suprema lucha.

El puñal del infame había traspasado el pecho una pulgada más abajo del corazón; pero la hemorragia interna mataba a Tomás por momentos. Ya lo sabía, y aunque para él fuese un misterio la causa de ha-

berse atentado contra su vida, hizo pocas preguntas y mostróse resignado con su suerte. Sus ojos, al mirarme, expresaban el mismo cariño de otro tiempo.

Solamente una vez se movieron sus labios para murmurar el nombre de Clarisa, a quien yo escribí dos líneas, diciendo: «Tomás está moribundo y desea hablar con usted.» Entretanto, me senté a la ca-

becera del lecho, cogiendo una mano de mi pobre amigo, mientras me entregaba a las más tristes reflexiones.

Harto comprendía que el golpe que había recibido se dirigía contra mí, y que la hebilla de oro y el Gran Rubí eran la causa de aquel asesinato así como del ataque nocturno al salir de la casa de juego. Cualquiera que fuese el secreto, era evidente que la mujer amarilla le conocía también; y no me cabía duda de que ella había puesto el arma homicida en manos de Simón Colliver.

Entonces me arrepentí doblemente de la imprudencia que había cometido en el teatro, pronunciando palabras que me comprometían y a las cuales debía atribuir la desgracia de mi amigo. ¡Cómo agradecí al cielo que la equivocación de Colliver fuera debida a un acto de Tomás, y no mío! Pero poco consuelo era éste; él acababa de dar su vida por mí, que le había robado ya su amor...

En mi desesperación, quise coger la mano de Tomás, pero una mirada suya me retrajo de hacerlo, y permanecí inmóvil en la silla, contando los minutos hasta que Clara llegase.

Poco después oí un golpecito en la puerta, y también Tomás, pues sus ojos brillaron con una expresión de inefable alegría. Yo me levanté para abrir.

— ¡Clara!, exclamé, no sé cómo darle gracias por su actividad.

— ¿Cómo ha sucedido eso?

— Le hirieron anoche traidoramente al salir del teatro.

Clara me miró un momento como para interrogarme más, pero después se limitó a decirme:

— ¿Ha manifestado él deseos de verme?

— Cuando supo que debía morir, lo primero que hizo fué preguntar por usted. ¡Cuánto deseaba verla! ¡Si hubiera usted visto en el momento de entrar la expresión de sus ojos!..

— Supongo, repuso Clara con expresión grave, que sería mejor no decir nada de...

— Nada absolutamente, contesté. Si hay un más allá de la tumba, pronto lo sabrá todo.

— Sí, añadió Clara después de un instante de silencio, lo más prudente es callar. Y ahora, condúzcame usted a su presencia.

Cuando Clara se acercó al lecho, yo me retiré algunos pasos, temiendo que la mirada de Tomás se encontrase con la mía; pero pude ver que sus ojos daban las gracias silenciosamente a la joven artista, cerrándose después, como si su presencia le deslumbrara.

Clara se inclinó sobre el lecho, y con infinita gracia levantó la mano del paciente, manifestándose en sus ojos la más sincera compasión.

— Se ha dignado usted venir, murmuró el moribundo... ¡Dios la bendiga!

— Sí, contestó Clara, he venido, y me causa el más profundo pesar verle a usted en tal estado.

— Vi a Jasper escribir, murmuró Tomás, y adiviné que era para llamar a usted; mas apenas podía esperar... Estoy... muy débil... y me muero por instantes.

Clara no contestó, pero vi una lágrima brotar de sus ojos.

— No llore usted, dijo Tomás con voz débil, pues tal vez sea mejor así, porque había concebido esperanzas e ilusiones, que sin duda no se hubieran realizado nunca. Ahora ya no tendré que luchar... ¡Mejor es así, mejor es así!

Durante un momento los labios de mi amigo se movieron sin articular sonido alguno; pero después continuaron:

— Ha sido una gran bondad por parte de usted venir a verme... Es usted muy buena... Anoche salvé mi drama, pero no le será posible salvarme a mí, añadió Tomás con una risa forzada que desapareció al punto.

— Sí, prosiguió, mejor será esto, porque ahora puedo hablar y ser perdonado. ¿Sabe usted por qué envié a buscarla? Quería decirla alguna cosa antes de morir, si me promete no enojarse... Pronto dejaré de pertenecer a este mundo, y en la tumba no se sabe nada. ¡Clarisa, por piedad, compadézcame usted por hablarla como lo hago!

Clarisa miró a Tomás con ojos de inefable dulzura.

— La he amado a usted... apasionadamente... ¿Podrá perdonarme esto? Ahora no ha de temer ya que la importune... Era una locura amarla, sí, una verdadera locura; pero no se pueden dominar los impulsos del corazón...

Seguióse una pausa, durante la cual el moribundo pareció concentrar sus últimas fuerzas.

— Acércate, Jasper, murmuró, acércate y di a Clara que la amaba en silencio sin esperar que me correspondiese.

Poseído de angustia y acosado por mi remordimiento, en vano traté de hablar.

— Jasper se halla tan trastornado, murmuró Tomás, que no puede repetir mis palabras; pero no importa, ya se lo dirá más tarde. También él está enamorado, mas no conozco a la mujer que ama, si bien espero que será más feliz que yo. Dispense usted que le diga esto, porque ahora soy feliz, completamente feliz... Usted no conoce a Jasper, prosiguió el moribundo, pero él la vió anoche y pudo admirarla... Espero que por amor mío serán ustedes buenos amigos. Jasper es el único que yo tengo.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, el rostro de Tomás se oscureció con la primera sombra de la muerte, y sin duda él lo comprendió así, pues hizo un esfuerzo, incorporóse en la cama, apoyándose sobre un codo, y dijo:

— ¡Ah!, yo soy un egoísta, y no pensé en ello. Ahora estarán esperando a usted en el teatro, Clarisa... no se detenga usted más, y en obsequio a mí, hágase aplaudir todo lo posible. Olvide usted también si no puede perdonar.

— ¡Oh!, exclamó Clarisa, no diga usted eso.

— Pues si mi perdona, Dios la bendiga. Y ahora, para que la gracia sea completa, permítame usted besar su mano..., así moriré más feliz. ¿Me negará esta gracia?

Los ojos del moribundo, cuya expresión era tan alegre poco antes, comenzaban a velarse ya. Clarisa acercó su mano a los pálidos labios de Tomás y éste imprimió en ella un beso apasionado.

Después la joven se arrodilló junto al lecho e inclinó la cabeza como para orar.

— ¡Gracias a Dios, dijo Tomás con voz débil, ahora soy del todo feliz! Pero no ore usted más... La esperan a usted.

Clarisa se puso en pie y esperó para recoger la última palabra de mi desgraciado amigo.

— La esperan..., sí, la esperan. ¡Adiós, Jasper, querido amigo!.. ¡Adiós, Clarisa..., mujer adorada..., ya la esperan... y yo no puedo ir!.. Clar...

Clarisa se inclinó una vez más sobre el lecho, besó la frente de mi amigo, que acababa de expirar, y salió de la estancia. Los labios de Tomás quedaron entreabiertos por la última sonrisa.

En la segunda representación de *Francesca*, mejor que la primera, los artistas excitaron más entusiasmo; pero llegado el tercer acto se comenzó a susurrar que su joven autor había muerto repentina y misteriosamente, asesinado, según se decía, al salir del coliseo, aunque algunos aseguraban que se había envenenado, sin que nadie supiera nada de positivo. Sin embargo, cuando Clara salió a la escena, su manera de representar y su expresión parecían confirmar la noticia, y terminado el drama, todos los espectadores salieron haciendo comentarios sobre el hecho.

Y entretanto yo seguía arrodillado junto al cadáver de mi infeliz amigo.

Había transcurrido una semana, y después de celebrarse los funerales, Clara y yo nos encontramos junto a la tumba de Tomás. Yo estaba bajo la impresión de no haber procedido lealmente con mi hermano, y Clara no me hizo la menor pregunta mientras estuvimos en el templo.

El tribunal había dado el veredicto de «Asesinado por persona desconocida», y la policía se ocupaba ahora en hacer indagaciones, guiándose por los datos que yo pude dar. Todos los diarios suponían que el móvil del asesinato había sido el robo, y la desaparición de la cadena del reloj de Tomás parecía confirmar esta opinión; pero demasiado bien sabía yo por qué fué sustraída la cadena; y hasta en mi dolor hallé consuelo al pensar en la impotente cólera de Colliver cuando descubriera que había errado el golpe. Yo tuve buen cuidado de dar las señas de mi enemigo, identificándole con la persona de Jorge Bhodojani, el marinero a quien antes se buscó para prenderle; y prometieronme apoderarse del asesino dentro de poco. Sin embargo, nada se consiguió, y el resultado de todo esto se redujo a proporcionar mayores ganancias al empresario del teatro, pues todo el mundo quiso ir a ver la obra del malogrado autor.

Desde la primera representación de *Francesca*, Clara y yo no nos habíamos visto más que junto al lecho de Tomás y en los funerales; y, como ya he dicho, ahora nos encontrábamos en el cementerio uno frente a otro.

Sobre la tumba de mi amigo vi un ramo de siemprevivas, y en el fondo de mi corazón agradecí a Clara su donativo; pero sin poder hablar, como si entre nosotros se hubiese levantado una barrera infranqueable. ¡Poco imaginaba yo que que en el re-

ducido espacio de terreno, había un golfo que ninguno de los dos debía cruzar; entre nuestras vidas hallábase el cadáver de mi amigo, y no solamente el suyo, sino también otros, cuyos helados labios maldecían nuestros amores.

— Jasper, dijo al fin Clara, rompiendo el silencio, que parecía prolongarse demasiado, tiene usted mucho que dispensarme, y apenas me atrevo a esperar su perdón. No puedo pedirle a un hombre muerto, mas si aun viviese Tomás, creo que me dispensaría mi imprudencia y mi error.

— Pero Clara, repuse, ¿cómo es posible que usted pudiese adivinar lo que había?

— Es verdad, mas no por esto deja de ser menos cruel mi engaño. ¿Puede usted perdonármelo?

— ¿Qué he de perdonar? Muy lejos de faltarme, me ha demostrado usted que es la más pura de las mujeres.

— ¿Qué me importa haber adquirido cierto renombre en este momento? Esto no me disculpa de haber engañado a usted; pero crea que yo lo hice solamente con el objeto de que la sorpresa fuese más agradable. Le aseguro que no tenía otro objeto; mi pobre plan me pareció inofensivo al principio, pero a medida que los días pasaban comencé a dudar. Hasta que usted me habló de él junto al río no llegué a imaginar cuál podía ser el resultado.

— ¡Querida Clara, no se apure usted así! Me causa pena oírle hablar de ese modo, y comprenda que si hay falta, fué solamente mía. Si Tomás pudiera oírnos, nos dispensaría a los dos, y en cuanto a mí, nada tengo que perdonar.

Clara no contestó por el pronto; pero la expresión de su semblante parecía indicar que aún le faltaba decir algo y que no se atrevía.

— Jasper, repuso, también deberá usted perdonarme otra cosa.

— ¡Por Dios, Clara!..

— ¿Recuerda usted lo que le dije aquella noche en que me habló primera vez de él?

— Sí, me hizo usted una pregunta que me pareció un absurdo. Si no me engaño, usted quiso saber si yo podría dejar de amarla.

— No, replicó Clara, no era absurda la pregunta; la hice con toda formalidad, y le creí cuando me contestó. ¿Piensa usted ahora lo mismo? Debo advertirle que hablo seriamente.

— Pues yo contesto ahora como entonces: «el amor es más poderoso que la muerte»; y procure usted desechar esos pensamientos, segura de que la amo con todo mi corazón.

— Pues a pesar de su cariño, me parece, Jasper, que se enojará usted cuando sepa... ¡Oh!, no sé cómo empezar.

— Hable usted sin temor.

— Pues bien, le dije que me llamaban Clara. ¿No le sorprendió ver mi nombre de Clarisa Lambert?

— ¿Es eso todo? ¡Oh!, ya sabía que es muy común que las actrices tomen otro nombre, y hasta me alegré de ello, porque el nombre que conozco es ahora un secreto, y por lo mismo más dulce para mí. Todo el mundo admira a Clarisa Lambert, y yo sólo amo a Clara Luttrell, y sé que soy correspondido.

— Pero eso no es todo, repuso Clara con una expresión cada vez más inquieta, y las palabras de usted hacen más dolorosa para mí la explicación. Yo no creí que pudiese llegar día en que me amara usted tan de veras, ni aun después de haberle presentado a mi madre; y le di el nombre de Luttrell sin soñar...

— ¿Pero no es Luttrell el apellido de su madre?, pregunté algo perplejo.

— Es el que ha tomado, y a mí me llaman ahora Clara; en realidad este es mi nombre, pero tengo también otro, y debí habérselo dicho a usted.

— Como Clara la conozco, y como Clara la amaré. ¿Qué me importa que tenga o no el apellido de Lambert? Espero que pronto le cambiará por el mío.

Estas palabras no produjeron al parecer impresión en Clara.

— No, repuso, mi apellido no es Lambert, y solamente le adopté para presentarme en el teatro, ni tampoco me llamo Luttrell. Esta es una triste historia, y quiero referírsela ahora mismo para poner término a toda decepción. Pensaba haberlo hecho largo tiempo ha; pero últimamente creí que sería mejor esperar hasta que usted me viese en escena, y proponíame explicarle después todo de una vez, sin saber que él... ¡Vamos, todo ha salido mal! Jasper, ya sé yo que se compadecerá usted de mi pobre madre por haber permitido el engaño, pues siempre fué muy desgraciada; pero quiero decirle antes todo para que juzgue después. Tomó el apellido Luttrell para evitar la persecución, para librarse de un hombre que es...

— Un miserable; seguro estoy de ello.
 — Sí, un miserable, y algo peor, porque es su marido, y mi padrastro, porque yo soy hija del primer esposo de mi madre, que murió hace años, cuando yo era niña aún. Desde el primer día en que mi madre se casó por segunda vez, fué desgraciada, y cuando conoció bien al hombre con quien había unido su suerte, ya no hubo un momento de tranquilidad para ella. Cansada al fin de tanto sufrir, huyó a Inglaterra, trayéndome consigo, y creo que su esposo no la siguió, porque había faltado a las leyes, no sé cómo, y temía que le prendieran aquí. Esto no es más que una suposición mía, porque jamás osé hacer la menor pregunta a mi madre. De todos modos, imagino que habría alguna razón poderosa para que él no viniese a Inglaterra, y recuerdo que mi madre y yo nos marchamos apresuradamente, después de la noche en que mi madre descubrió que había sido engañada. Como quiera que sea, apenas estuvimos en Londres, tomamos el apellido de Luttrell, el mismo que tenía mi madre de soltera. Después de esto, vivimos temiendo continuamente ser descubierta; éramos muy pobres, y yo no pude hacer nada durante muchos años para aliviar nuestra situación. Mi madre me llamaba siempre por mi segundo nombre, en su ansiedad para que no se supiese nuestro paradero. Al fin llegó un día en que fuimos descubiertas, no por aquel hombre, sino por su madre, a quien había encargado que nos buscara por todas partes. La mujer, que no era del todo mala, prometió ponerme en camino de hacer fortuna, con la sola condición de que la mitad de mis ganancias fueran para mi padrastro, y dijo que de lo contrario no se dejaría a mi madre vivir en paz. ¿Qué podía hacer yo? Era el único medio para salvarnos, y yo prometí dedicarme al teatro, porque aquella mujer aseguró que había descubierto en mí un talento... Pero ¿qué tiene usted, Jasper? ¿Qué extraña expresión!..

— ¡Dígame usted, exclamé, dígame usted quién es esa mujer!

— Usted debe saberlo, puesto que estuvo en el palco con ella, casi durante toda la primera representación de *Francesca*.

Una terrible sospecha me paralizó durante algunos momentos.

— ¿Cómo se llaman él y ella?, repuse. ¡Pronto... dígame usted sus nombres!

— El de mi padrastro es Simón Colliver. Pero Jasper, ¿qué tiene usted, qué significa?..

Por toda contestación, cogí mi cadena con la hebilla de oro, y la presenté a Clara sin pronunciar una sola frase.

— ¿Qué es eso?, preguntó. Mi padrastro tiene una media hebilla del todo semejante a ésta, y recuerdo muy bien haberla visto. ¡Oh!, hable usted... ¿Qué nuevo misterio, qué nueva tribulación será ésta?

— Clara, repuse, Colliver está en Londres o, por lo menos, yo le vi hace una semana.

— ¡Aquí!

— Sí, Clara, y él fué quien asesinó a mi desgraciado amigo Tomás Loveday.

— ¡Que él asesinó a Tomás! ¡No comprendo!, exclamó Clara, pálida como un difunto y extendiendo las manos como si temiera caer.

— Sí, Clara, continué, dando un paso para sostenerla, esta es la verdad. El padrastro de usted, Colliver, asesinó a mi pobre amigo para robarle esa media hebilla; y no es el primero a quien ha dado muerte por esa maldita prenda, puesto que también asesinó a mi padre.

— ¡Al padre de usted!, exclamó Clara, cogiéndome el brazo y fijando en mí una mirada de terror que me heló la sangre en las venas.

— Sí, contesté; pero no, no fué la mano de Colliver la que hirió, sino la de un miserable, inducido por él a cometer el crimen, y a quien él mismo mató después... Era un tal Railton... Juan Railton.

— ¡Santo cielo!.. ¡Ay de mí!..

— Pero ¿qué es eso, Clara? ¡Por Dios, hable usted!

— ¡Yo soy Juanita Railton!

XIX

EN QUE SE DICE CÓMO LA REPRESENTACIÓN DE «FRANCESCA» TERMINÓ CON UNA VERDADERA TRAGEDIA.

Al oír estas palabras retrocedí dos pasos como si hubiese recibido un golpe en el rostro; después cruzáronse nuestras miradas y adelantéme otra vez, a tiempo para evitar que Clara cayese en tierra. Aturdido, sin saber qué me pasaba, y tropezando entre las tumbas, la llevé entre mis brazos hasta la puerta del cementerio, y allí me detuve.

Pálida y fría como el mármol, Clara permaneció inmóvil, y por un momento la creí muerta. Una voz

interior me decía que esto hubiera sido preferible; mas deseché este pensamiento con horror, pareciéndome una crueldad. A los pocos momentos las mejillas de Clara comenzaron a colorearse; oíla suspirar débilmente, y sus ojos se entreabrieron al fin con pesadez, pero cerráronse de nuevo.

— ¡Clara!, exclamé, con una voz que a mí mismo me pareció sebreñatural; es preciso que vuelva a usted a casa sin perder momento, si se siente capaz de andar.

Yo había sentado a Clara en el poste de piedra donde los sepultureros acostumbraban a poner los ataúdes para descansar un poco antes de entrar en el cementerio; allí había estado el del pobre Tomás ocho días antes; y al inclinarme sobre ella para oír su contestación, la vi otra vez tan pálida, que pensé que hubiera sido mejor para los dos reposar tranquilos junto a mi desgraciado amigo.

Cuando volví a repetir mi pregunta, Clara me contestó afirmativamente, aunque no sin gran esfuerzo.

Como el cementerio estaba bastante lejos de la ciudad, pensé que mi compañera no podría recorrer a pie todo el camino, y preguntábame si sería mejor esperar algún auxilio, cuando de pronto vi aparecer a cierta distancia un vehículo de cuatro ruedas. Hice seña al cochero, que no conducía a nadie, coloqué a Clara en uno de los asientos, di las señas de la casa, y el coche se puso en movimiento.

Entretanto Clara, recostada en un ángulo, permanecía siempre con los ojos cerrados, y por el pronto me pareció inútil dirigirla la palabra, bien es verdad que tampoco se me hubiera ocurrido qué decir; de modo que el coche llegó al fin a la modesta casa de la señora Luttrell sin que se cruzase entre los dos una sola palabra.

Entonces Clara hizo un poderoso esfuerzo sobre sí misma, temerosa sin duda de inquietar a su madre, apeóse del coche y avanzó lentamente hasta la puerta.

Yo hice ademán de seguirla.

— No, no, murmuró, déjeme usted ahora sola, porque no me siento bien... Mañana le escribiré, o tal vez le vea; mas por hoy, dispénsese usted.

Antes de que pudiese contestar, Clara había entrado en su casa.

Veinticuatro horas después hallábame entregado a las más tristes reflexiones, y me acosaban dolorosas dudas; pero al fin juré que no renunciaría a Clara por nada en el mundo.

En el arrebató de mi pasión, sentíme inclinado a perdonar al asesino de mi padre y de mi único amigo, y a dejarle huir más bien que romper mis relaciones con Clara.

Aquella noche, el público que asistió al Coliseo salió del teatro muy descontento porque Clarisa Lambert no había podido trabajar. Otra actriz la sustituyó, pero dejó mucho que desear y no satisfizo a nadie.

Al día siguiente me dirigí hacia la casa de la señora Luttrell, situada en Old Kénsington, pues había recibido una lacónica esquela que decía: «Venga usted a las tres y media. — Clara.»

Sin saber por qué, experimentaba una inquietud indecible, y antes de entrar en la casa estuve paseando por delante de la puerta algún tiempo, por haber llegado antes de la hora señalada. La señora Luttrell salió a recibirme; estaba muy pálida, y su expresión pensativa me alarmó.

— Clara, dijo, se halla un poco indispueta, y no pudo trabajar anoche; pero desea ver a usted para hablarle de algún asunto.

Preguntándome por qué la madre de Clara tenía tan extraño aspecto, puesto que no debía saber nada de nuestra entrevista en el cementerio, me detuve un momento y la miré con aire interrogador.

— Sin duda le extraña a usted mi palidez, dijo; no es nada... no haga usted caso de mí; es que me siento hoy un poco más débil que de costumbre... Encontrará usted a Clara en la salita.

Di dos golpecitos en la puerta de la habitación, una voz débil me contestó, y entré. En el mismo instante Clara se levantó para recibirme; estaba muy pálida aún, y los círculos azulados que rodeaban sus ojos indicáronme que no había dormido. Lo que más me extrañó fué observar en su ademán y sus palabras cierta frialdad.

— ¡Clara!, exclamé, alargando las manos.

— Aun no, dijo, señalándome una silla. Le envié recado para que viniese porque he pensado mucho en... en lo que sucedió ayer, y deseo que me lo diga usted todo, sí, todo, desde el principio hasta el fin.

— Pero...

— No ha de haber peros en este caso, Jasper. Yo

soy Juanita Railton, y usted dice que mi padre mató al suyo... Quiero saber cómo fué.

Clara hablaba con tanta serenidad, que al principio vacilé; pero después, viendo que esperaba que yo hablase, sentéme frente a ella y di principio a la historia.

La referí toda, sin omitir ni ocultar nada, desde el día en que mi padre salió a buscar el tesoro, hasta la noche en que mi pobre amigo recibió el golpe de muerte.

Mientras duró mi narración, Clara tenía la vista fija en mí, sin separarla un momento; sus labios estaban pálidos, pero su ademán era tranquilo como si yo estuviera leyendo la historia de un pueblo que nunca existiera. Solamente me interrumpió una vez al referir la conversación entre su padre y Simón Colliver en la «Roca del Hombre muerto».

— ¿Está usted completamente seguro de esas palabras?, preguntóme. ¿Recuerda usted bien que mi padre dijera: «Capitán, era el cuchillo de usted?»

— Segurísimo, contesté tristemente.

— ¿Y son ésas exactamente las mismas palabras?

— No tengo la menor duda, y en este punto la memoria no me engaña.

— Muy bien; prosiga usted, repuso Clara tranquilamente.

Continué mi narración, y hasta leí la carta de Lucía Railton, que llevaba en el bolsillo. Después siguióse una pausa, durante la cual cruzáronse nuestras miradas silenciosamente.

— Permítame usted ver esa carta, dijo al fin, alargando la mano.

Entreguésele sin vacilar, la leyó lentamente y me la devolvió.

— Sí, dijo, marcando sus palabras, la carta es de mi madre.

Siguióse otra vez un silencio profundo, tanto que pude oír claramente el tic-tac del reloj que adornaba la chimenea, y hasta los latidos de mi corazón. Aquella especie de suspensión me inquietaba; parecíame un triste pronóstico, y no pudiendo resistir más aquella incertidumbre reanudé la conversación.

— Clara, dije, supongo que esto no alterará en nada lo que teníamos convenido, ni se opondrá tampoco a nuestra unión...

— Ahora es imposible, contestó con gravedad.

— ¿Imposible? ¡Oh!, no, no; no diga usted eso... ¡Sería una crueldad!

— Jasper, repitió, cada vez más pálida, le aseguro a usted que es de todo punto imposible.

— Clara, repuse, poseído de la mayor angustia, y levantándome, usted no sabe lo que dice; usted me aseguró que me amaba, y yo no podría vivir ya sin usted. ¿Qué culpa tenemos, ninguno de los dos, de lo que ha sucedido? ¿Debo creer que ha dejado usted de amarme?

— Ya sabe usted que le correspondo, contestó, fijando en mí una mirada de infinita compasión y ternura.

— Pues entonces, repuse, ¿cómo es posible que todo concluya entre nosotros? ¿Qué importa lo que nuestros padres hicieron, si nosotros nos amamos? El castigo de ese crimen no debe recaer sobre nosotros. Hábleme usted, Clara, y prométame ser mía a pesar de todo.

— No es posible, contestó con dulzura.

— Pues entonces, no me engañé al creer que usted no me amaba ya. En cuanto a mí, no habría poder humano en la tierra que me hubiera obligado a renunciar a usted.

Clara me miró sin contestar, y parecióme leer en sus ojos una muda reprensión.

— Clara, continué, cogiendo su mano, yo estaba desesperado, y ya no sé lo que digo; solamente recuerdo que usted acaba de asegurarme que corresponde a mi amor, y si esto es verdad, no debe hacerme sufrir.

La agitación de Clara era visible, y sentí que su pequeña mano temblaba en la mía; pero aunque su mirada era cariñosa, algo revelaba en ella una resolución inmutable.

— No, Jasper, ya le he dicho a usted que nuestra unión no es posible. ¿Cree usted, por ventura, que yo no padezco, y que no me causa el más profundo pesar perderle? Es preciso que me juzgue mejor, y sepa por última vez que le amo sinceramente. Procure usted al menos que no sea más difícil para mí el cumplimiento del deber que me impongo. ¿Por qué no me maldice usted, o me aborrece? ¿Por qué no venga en mí la muerte de su padre? ¡Oh!, yo moriría feliz, sin sufrir tanto como lo que he sufrido.

— Clara, repuse, yo no cederé, aunque me lo pidiera usted de rodillas. Tan sólo la muerte puede separarnos, y creo que ni aun esto bastará para matar mi amor.

(Se continuará)

LA FERIA DE CÓRDOBA. (Fotografías de Castellá.)

Entre las más renombradas ferias de Andalucía figura la que todos los años se celebra durante el mes de mayo en la ciudad de Córdoba.

A la de este año han acudido, como de costumbre, los principales ganaderos de la región presentando numerosos y notables ejemplares de ganado caballar y vacuno, que han motivado importantes transacciones. También los agricultores han tenido ocasión de llevar a ella sus productos, especialmente los aceites de oliva, que de tanta y tan merecida fama disfrutan y de los cuales se ha celebrado una exposición, para la que han otorgado valiosos premios Su Majestad el Rey don Alfonso XIII, S. A. la Infanta Doña Isabel, S. A. el Infante don Carlos, S. A. el Infante D. Fernando, la Diputación provincial, la Cámara de Comercio de Córdoba, la Cámara de Comercio de Granada, el duque de Tarifa, el Ayuntamiento de Córdoba, el Sr. Sánchez Guerra y otros.

Con motivo de la feria ha habido concurso hípico, batalla de flores y juegos florales.

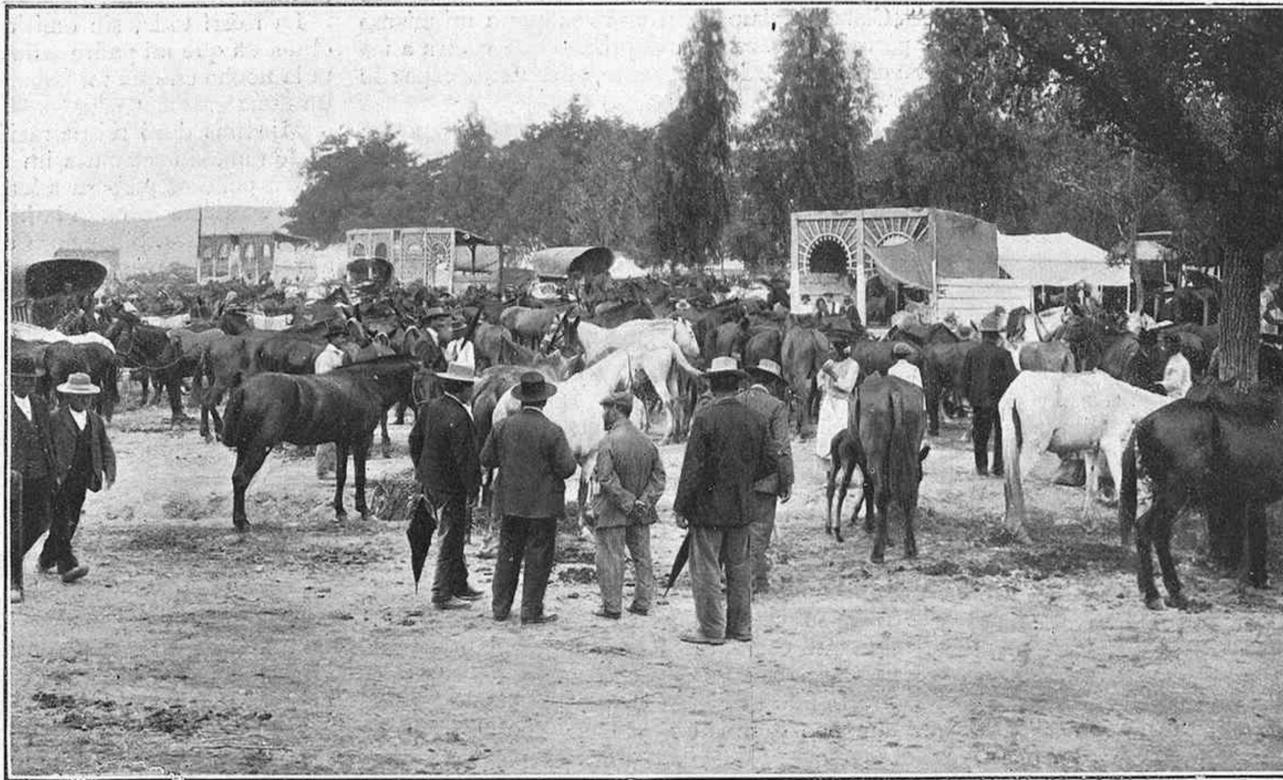
En el concurso hípico han tomado parte muchos y muy notables jinetes, militares y paisanos, habiendo ganado el premio de S. M. el Rey D. Alfonso XIII el caballo *Derveen*, de D. Pedro Goyoaga; el de

S. A. la Infanta Doña Isabel, *Yta*, del teniente del regimiento de Alfonso XIII D. Luis Moreno; el de S. A. el Infante D. Carlos, *Calvicio*, del teniente de artillería D. Eugenio Otero; y el de S. A. el Infante D. Fernando, *Pajarón*, del profesor de equitación Sr. Camero.

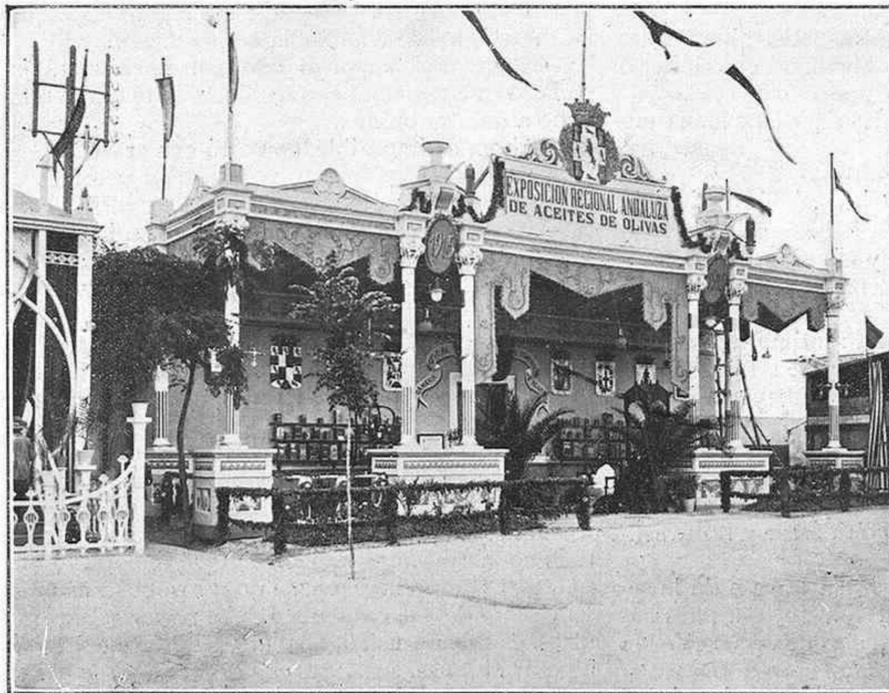
A la batalla de flores concurrieron numerosos coches rica y artísticamente adornados; la avenida de Canalejas, en donde se efectuó, ofrecía un golpe de vista en extremo animado y pintoresco. El primer premio fué adjudicado al coche de la condesa de Hornachuelos. Una de las carrozas que más llamaron la atención fué la que ocupaban las hijas del célebre exmatador de toros *Guerrita*, y en la que se veían una cabeza de toro y una colosal guitarra.

Los Juegos Florales se celebraron en el Círculo de la Amistad, habiendo sido proclamada reina de la fiesta la Srta. D.^a Rosario Albear Sánchez Guerra. Obtuvo la flor natural D. Agustín Aguilar Tejera por una colección de sonetos dedicados cada uno a una región española; otros premios fueron conce-

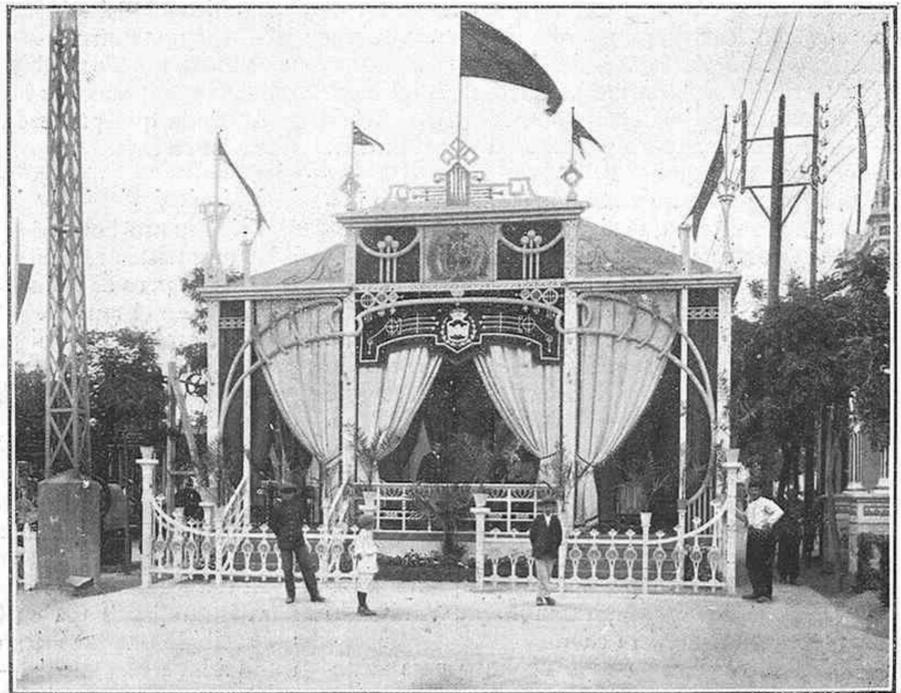
didados a los Sres. Rey, "Adamuz," Castejón, Bruna, Merino, Herrera García, Saraza y Capúa. Además se concedieron un premio al trabajo y cinco a la virtud.



Grupo de ganado caballar



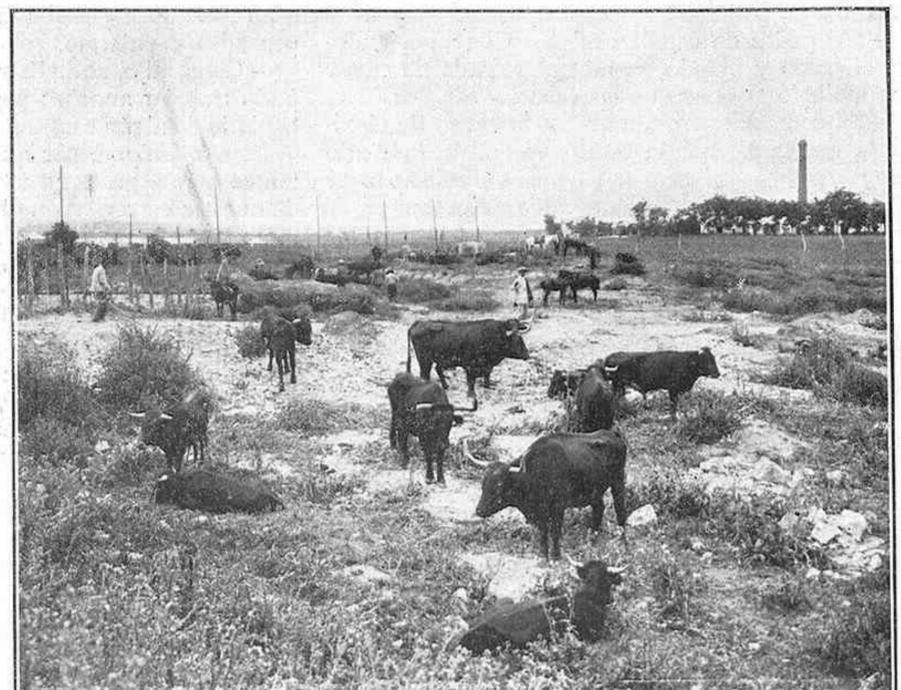
Exposición Regional andaluza de aceite de olivas



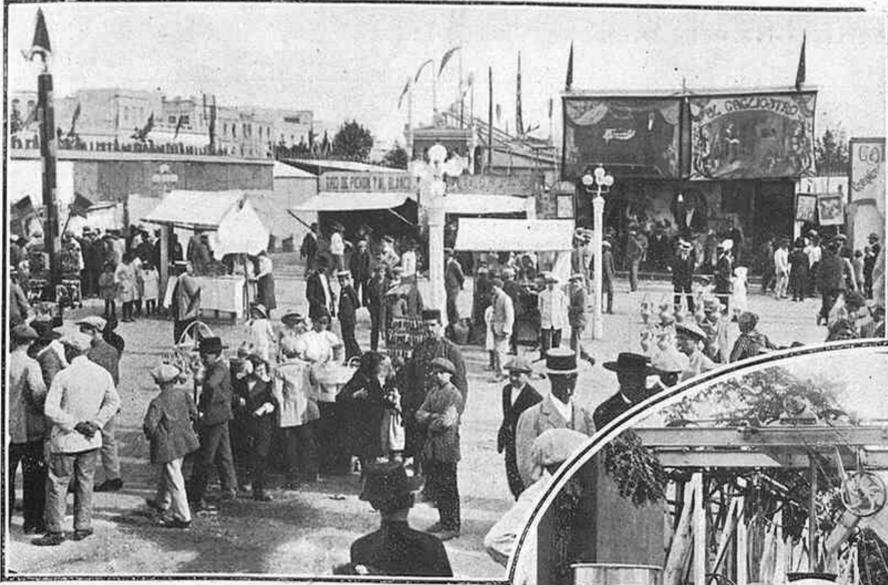
Pabellón de la Remonta



Ganado vacuno



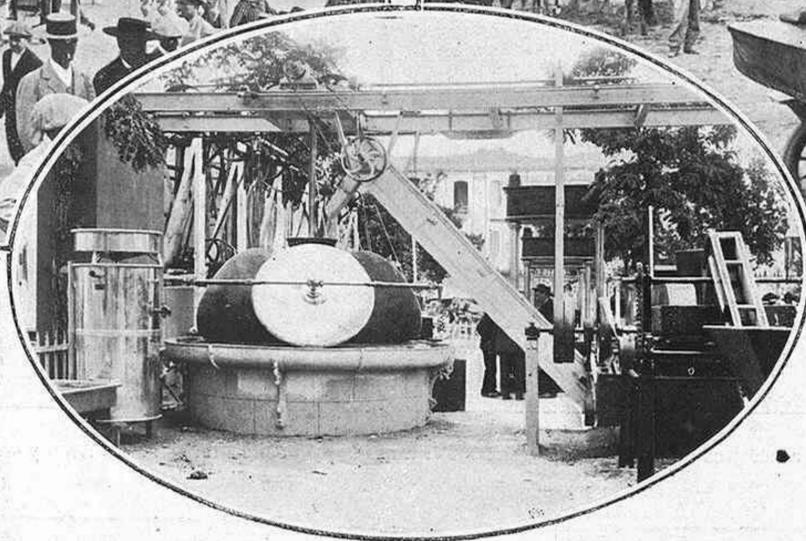
Bueyes pasciendo en la pradera



Los barracones



El ganado caballar



Instalación de la fundición de hierro «La Cordobesa»

El discurso del mantenedor D. Francisco Rodríguez Marín, el ilustre académico y director de la Biblioteca Nacional, que fué leído por D. Benigno Iñiguez, tiende a demostrar que Cervantes fué oriundo de Córdoba, fundándose no sólo en el gracejo andaluz que campea en todas las páginas del *Quijote* y en las innumerables citas andaluzas y otras particularidades que se notan en sus obras, sino también en una declaración prestada por el propio Cervantes en el pleito de un amigo suyo, en la que dijo que era natural de aquella ciudad.

Hizo numerosas citas para probar sus afirmaciones y trató de la pronunciación de Cervantes, diciendo que era la misma que se usaba en Córdoba y en Jaén.

El discurso del Sr. Rodríguez Marín, que es un trabajo literario bajo todos conceptos notable, fué extraordinariamente aplaudido y unánimemente elogiado por los vastos y profundos conocimientos cervantófilos y filológicos que revela, y por constituir un acabadísimo estudio que demuestra que Cervantes tenía alma andaluza.

MELILLA

TOMA DE HASI-BERKÁN

(Véanse los grabados de la página siguiente.)

Concienzadamente preparada y hábilmente dirigida por el comandante general de Melilla, general Jordana, efectuóse en la mañana del día 6 de este mes una importante operación que ha consolidado los considerables resultados conseguidos en la realizada el 16 de mayo último y de la cual dimos cuenta en el número 1.744 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Tenía por objeto la operación ocupar el macizo montañoso de Hasi-Berkán y en ella tomaron parte fuerzas indígenas mandadas por su jefe, el coronel de Estado Mayor don Julio Ardanaz, una columna de caballería al mando del comandante Sr. Siñeriz y dos brigadas a las órdenes de los generales Villalba y Fridrich.

La operación la realizaron las fuerzas de policía indígena protegidas por las peninsulares y se llevó a cabo sin disparar un tiro; únicamente después de la ocupación algunas de aquellas fuerzas sostuvieron un ligero tiroteo sin consecuencias.

A las cinco de la madrugada quedaron ocupadas las tres posiciones, que son muy importantes y están situadas en la región que se extiende al Sur de la sierra de Ziata.

Durante la ocupación y el repliegue de las fuerzas, un monoplano de la escuadrilla del territorio realizó interesantes evoluciones, comunicando sus observaciones al Estado Mayor.

A las seis llegó el general Jordana, que había pernoctado en el Zaio, al monte Ain Jorfe, desde donde comunicó con todas las nuevas posiciones, enterándose del resultado satisfactorio de la operación y de que se estaba procediendo ya a las indispensables obras de defensa dirigidas con gran acierto y celo por el coronel de Ingenieros Sr. Iribarren. Luego se dirigió a la posición principal, la más avanzada, siendo allí recibido por el general Fridrich y por los jefes y oficiales de la columna por éste mandada.

A las diez de la mañana había quedado tendida la red telefónica y establecida también la comunicación con Melilla.

En la posición nuevamente conquistada en Hasi-Berkán

lo mejor para el pelo
PETROLEO GAL

A. Ehrmann

hay una importante aguada de cuyos pozos abundantísimos se surten los cabileños de toda aquella comarca, incluidas las tribus distantes de ella más de 15 kilómetros, circunstancia que hace que el dominio de dicha aguada nos dé la posición efectiva de aquel territorio.

A las tres de la tarde, puestas ya en estado de defensa las nuevas posiciones, comenzó el repliegue de las fuerzas que se efectuó sin la menor dificultad.

Gracias a la admirable preparación política, esta operación que hace un año no habría podido efectuarse sin un crecido número de bajas, se ha realizado sin ninguna; prueba eloquentísima de esta preparación es el hecho de que entre las columnas y en el cuartel general figurasen nada menos que sesenta y tres de los principales jefes de aquella región dispuestos a luchar contra quienes se opusieran al ejercicio del protectorado español en su territorio. Y los que no acompañaban a nuestras fuerzas permanecieron en los aduares para contener a los revoltosos e impedir que éstos hostilizasen a nuestros soldados.

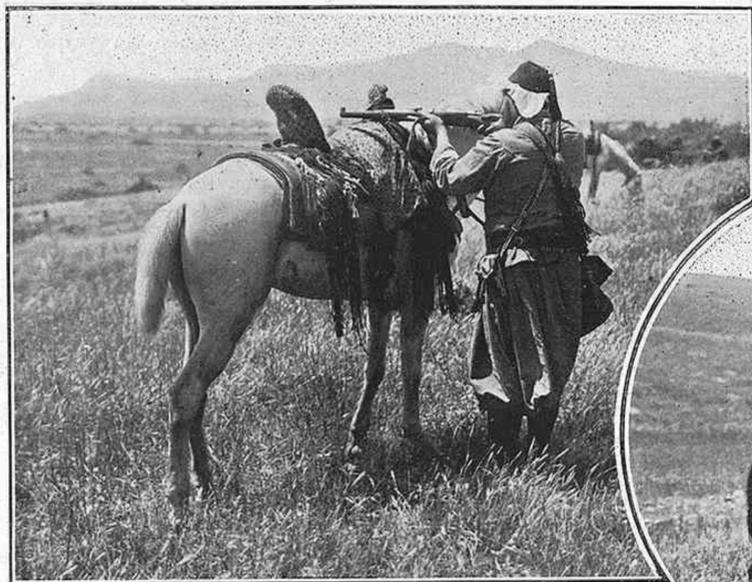
Este nuevo avance reviste importancia extraordinaria, pues asegura a España el completo dominio de aquella región y representa la seguridad de que las cabilas existentes en la parte ya pequeña que queda para llegar por aquel sitio al límite de nuestra zona de influencia, se sometan por la sola acción política que se desarrollará desde la posición más avanzada, en la que ha quedado el teniente coronel Sr. Kiquelme con objeto de establecer una oficina indígena.

Posteriores despachos del general Jordana dicen que el aspecto del campo en la zona de Hasi-Berkán es de absoluta tranquilidad, consagrándose los indígenas a las faenas ordinarias de la recolección. Añaden que el prestigioso jefe benibuyagui Si Mohatar Ben Atzamani se ha presentado acompañado de otro *cheic* de la región en la oficina indígena de la posición avanzada de Hasi-Berkán para hacer constar su satisfacción por el avance efectuado sin efusión de sangre y para hacer protestas de su adhesión. Dicho jefe ha hecho público que garantiza la tranquilidad en el territorio que se extiende desde aquella posición a Sidi Maarín, límite de nuestra zona de influencia.

MELILLA. - TOMA DE LA POSICIÓN DE HASI-BERKAN. (Fotografías de Lázaro.)



Moros del territorio de Hasi-Berkán presentándose a nuestros oficiales en la posición más avanzada para demostrarles su adhesión y ofrecer su ayuda para la pacificación de aquella zona



Sargento moro de la policía indígena tiroteándose con los moros rebeldes durante la retirada de nuestras tropas de la posición de Hasi-Berkán después de dejarla fortificada.



Moro de la policía indígena con el banderín que indica la vía a que pertenece



Caíd moro tirando contra los rebeldes que opusieron alguna resistencia al avance de nuestras tropas hacia la posición de Hasi-Berkán.

LUZ Y SOMBRAS

Novela, por lord BULWER-LYTTON

Un tomo, lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los subscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos sexuales, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida a la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRÁFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

Data de 1849 Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 Casa CANDES B^o St-Denis, 16

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS SEÑORES
JORET HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPRESIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 F^o G. SEGUIN - PARIS
 185, Rue St-Honoré, 185
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ECOS DE LAS MONTAÑAS

por D. JOSÉ ZORRILLA. - ILUSTRADO POR GUSTAVO DORÉ

Un tomo de 446 págs., 5 pesetas para los subscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

HIPOFOSFITOS SALUD
 COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 El más activo y económico, el único Inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN